

EL HOMBRE
QUE ESCRIBIÓ
PLATERO

MANUEL BERNAL ROMERO

DICIEMBRE, 2014

© EL HOMBRE QUE ESCRIBIÓ PLATERO
© 2014, Manuel Bernal Romero

Diseño de portada: Salvador de la Barrera Lora
Primera edición. Diciembre de 2014

Imprime: Digital Impresión S.l.

ISBN: 978-84-943084-2-0
Depósito Legal: CA-509/2014

El hombre que escribió Platero

Manuel Bernal Romero

Todas las palabras que siguen tienen sin duda innegables e impagables deudas con Alfonso Alegre Heitzmann, y a su laboriosa tarea de presentar y anotar las cartas editadas en el *Epistolario I (1898-1916)*, y necesariamente con Graciela Palau de Nemes, Rocío Fernández Berrocal y Carmen Hernández-Pinzón Moreno, con las que el autor ha aprendido a amar y a entender a Juan Ramón.

PORTAL

Escribir es fingir. Esa realidad, no es nueva, ya lo dijo Fernando Pessoa. Al escribir todos despertamos al fingidor que llevamos dentro. Al fin y al cabo se trata de urdir realidades. Todas las imaginables.

Quién escribe así lo cree y lo vuelve a intentar siempre. Faltaría a su dignidad y a su honor si no lo hiciese también en este ensayo licencioso y libertario, pero siempre fiel a la realidad, que se reconstruye sobre la vida y el retrato de un hombre, un gran fingidor sin duda, y un hombre íntegro, como todos los que han construido lo peor y lo mejor de nuestra historia.

Juan Ramón Jiménez fue un gran escritor de cartas. De cartas que vieron la luz y de otras que no, de centenares que fueron enviadas y de otras tantas que se quedaron esperando, o muchas que ni siquiera llegaron

a eso, pero que existieron en su mente y en su corazón imposibles. En esas, en las escritas, en las por escribir, en las enviadas, en las que no, en las soñadas, en las pensadas, en las impensables... Con todas esas cartas se escribe este retrato del hombre que escribió Platero.

Moguer, tierra y cielo. Se miró en el espejo y vio detrás, al fondo, en una de las grandes ventanas de su casa, blanca y llena de sus silencios y soledades, los cielos azules de Moguer, los de su infancia, los que le abrazaron y le dieron cobijo cuando fuera todo para él se hizo gris, casi negro.

Querido Juan. Y allí, ligeramente desabrochada la camisa blanca impoluta e impecable, en un gesto inusual y ajeno al postín, descubierto el pecho y muy abiertos los ojos, se miró y remiró con cierto regusto narcisista. Y sin dejar de quererse, sintió miedo, el miedo eterno a la muerte siempre cercana, impecable y acechante, como un traje a medida que ya formaría parte de su vida, y que vestiría desde que, sin tener más que once años, se fue obsesionando con su presencia, ya entre los muros de ostiones petrificados y muertos del Colegio de San Luis Gonzaga de El Puerto de Santa María (Cádiz), ya en las penumbras y las soledades de su casa.

*

[...] *Recuerdos a los buenos amigos, y tú
quédate con lo que quieras de tu Juan.*

Leyó y releyó de la carta que acaba de escribir. Quizá nunca la enviaría. Había escrito tantas... Soñaba y escribía cartas como un testamento eterno de sinceridad. Hablaba con los otros con palabras escritas. Al principio porque seguramente le costaba trabajo hacerlo de cerca. Arrastraba desde el principio un extraño problema de comunicación que confundía con la libertad de sus soledades. Por eso se fue acostumbrando a la penumbra clara de la soledad. Se forjó en la soledad y le cogió miedo a la realidad, al más allá que suponían las fronteras de sus habitaciones y de su vida. Tenía miedo a los otros. Guardaba para sí el miedo persistente de la decepción y

el desengaño de los que alguna vez creyó eran sus amigos. Las cartas eran su modo primitivo de hablar, de impregnarse, de decir, de comunicar, de contar todo lo que le quedaba por decir.

Con la carta reciente sobre el escritorio acudió al espejo y la dejó esperando sobre la ordenada mesa con vistas a sus sueños.

¿Quién soy? Su corazón latía todavía más rápido mientras de las arboledas cercanas se colaban el revoloteo y el canto de los pájaros vecinos.

“Soy Juan. Juan. Juan....”

*

Y sus ojos negros y atentos de cuando era el niño “Juanito el preguntón”, huían por la gran ventana del fondo que daba al jardín buscando o buscándose hasta confundirse

con los cielos. ¿A dónde irían? Nadie lo sabe. Pero él seguiría sentado frente al pequeño escritorio de su casa blanca y transparente.

Fuera el día volvería a ser amarillo cálido, vibrante, regio e infinito, como cuando pegaba la cara a la puerta para ver la vida a través del cristal gualda de la cancela de su casa en la calle Nueva de Moguer. La vida... La suya.

*

La humildad es un don. Juan lo tiene a pesar de la aparente y singular altanería. La humildad no es sumisión. Exigente, el más consigo mismo; quiso que la sinceridad fuese una condición imprescindible para vivir, una razón de su existencia, una respuesta a sus preguntas, una contestación velada a todas sus inquietudes.

¿Quién yo? Sí, tú. Te estoy llamando a ti que hace rato te fuiste Dios sabrá dónde.

Y en primer plano, casi rozándole los ojos (el poeta vivía de mirar), la lealtad y los amigos; pocos pero ciertos. ¡Los quiso tanto! Tenía como frontera el compañerismo con la juventud literaria y con sus contemporáneos. Quería sembrar trigo. Escribió a todos sin fin. Apenas tenía diecisiete años y ya ofrecía sin límites su inútil pero sincera amistad: Enrique Redel, Luis Montoto...

La imaginación creció en su confusa cabeza desde los días impregnados con visiones multicolores, reales e imposibles, cuando pasaba el tiempo perdido entre los cristalitos del calidoscopio en los que se reflejaba siendo un niño. Se miraba y veía el mundo, un mundo extraño y ajeno que pululaba entre luces y brillos.

¿Será imaginar otro don?

*

Corrían días de 1900. Al hombre le duelen sobremanera su tierra y al escritor las erratas en sus escritos y en los ajenos. Le molestaban sobre todo el presente de las tierras que fue pisando y pisaba: Huelva, Sevilla... Las veía tan grises, tan lejos del colorido intelectual al que aspiraba aquel joven de apellido Jiménez.

Despuntará en el oriente intelectual una alborada espléndida, fresca, apacible, riente, que con sus rayos de rosas y violetas incendiadas traiga luz nueva, nueva vida, ventura, riquísimos, abundosos manantiales de Progreso.

Lo había escrito para *El Odiel*, el periódico de su amigo Tomás Domínguez Ortiz, allá por diciembre de 1989 cuando

ambos soñaban unos Juegos florales onubeses como torneo de cultura. Incomprendidos, algunos los llamaron a dejar de decir tonterías.

Y sitió otra vez más que acaso no merecía la pena salir de casa, que allí entre las calles blancas e impuras de su pueblo, de la capital de su provincia, y en las de Sevilla, apenas se podía hablar más que de toros o toreros. Nadie sabe de otra cosa. Y todo le parecerá insufrible, insoportable. Y solo tendrá el aliento, la esperanza, de irse lejos, lejos de la ignorancia.

Al joven Jiménez le duele la juventud, la suya, tan incapaz, tan inútil, y la de su tiempo, la de sus iguales; los incapaces de cavilar, de comprometerse, de ser alguien en un principio de siglo oscuro que solo promete jóvenes que se conforman con doblar el periódico o cerrarlo cuando guardan entre sus páginas ideas filosóficas o incitan a pensar. Pensar...

Pero el hombre joven de ojos perdidos y suaves, de tez clara y porte altivo pero de modales lánguidos, sabía ya que el poeta, su poeta, es ya un loco escéptico que llora y que escribe. Nada más. Un loco que luego en la calle se ríe mucho de todo, pero no del mundo. Él era entonces un loco dulce, amable y gentil refugiado en su pecho adentro. Pero solo, muy solo, tanto hasta convertirse para los otros en un pájaro de mal agujero que únicamente abandona el nido para asistir a los entierros.

Sin embargo ya sabía, ya había comprendido, que pocas cosas eran mejor que el espectáculo del mundo. El mundo solo se estudia con el mundo y no con sus modelos. El mundo se estudia con el mundo, recabando impresiones, tocando de cerca. Los modelos quizá den impresiones inmediatas, pero poco más. Por eso y por Modernista detestaba a los clásicos. No ansiaba impresiones de segunda mano, frías y ajenas, explicadas sin emoción, sensaciones que jamás tendrían la frescura, la originalidad de quien

toca la rosa. ¿La tocó el poeta? ¿O se quedó solo mirándola?

*

El escritor ha dicho que no le importan las críticas, que se ríe de esas cosas, pero un adjetivo (los adjetivos siempre traicionan) le delata: Mis “odiosos” enemigos.

Busca la perfección. En el camino juvenil e incipiente hacia la misma reestructura la novela “Nieblas” de su incondicional amigo Tomás Domínguez Ortiz, el que fuera director de *El Odiel*, el periódico de escasa andadura en el que aparecieron las primeras prosas del joven Jiménez. Con Tomás compartía el sueño de editar un periódico modernista, moderno y con formato horizontal, que diera cabida sobre todo a literatura, y muy especialmente a las literaturas gallegas, greco-latinas y europeas, que en gran parte había conocido en la biblioteca del

Ateneo de Sevilla, cuando vivió en la ciudad en un frustrado intento de estudiar derecho y pintura.

Pero los amigos olvidaron, cuando imaginaban y replanteaban *Lucha*, una publicación que nunca vería la luz, que vivían en un país de cafres.

Él ya lo había dicho.

El escritor nunca dejó de publicar en periódicos y revistas. Y a fuerza de versos se fue olvidando de la pintura. De los colores no, así que fue sembrando con sus poesías periódicos y revistas de Sevilla, Huelva... Empezó a ser conocido. Mantenía correspondencia con poetas coloristas hoy casi olvidados: Manuel Reina, Salvador Rueda, Enrique Redel... Sincero y honrado en sus valoraciones de algunos excusó el comentario de la obra aludiendo a no haberla leído. De otros no creyó casi nunca en su poesía. Los admirara o no mantuvo con ellos el hilo de las cartas, acaso únicamente para sentirse en el mundo y escapar de las soledades intelectuales

de Moguer. Y de las soledades humanas siempre. Cartas infinitas escritas, un sinfín de ellas por escribir, otras tantas por enviar. Reales, imaginarias, soñadas, imposibles, perdidas.

En Madrid sabrían que existía cuando publicó en *Vida Nueva*, una revista que aunque contaba con algunas de las firmas más señeras contemporáneas, dejaba paso a las palabras de los jóvenes. Su primer poema fue *Nocturno*: versos coloristas, morbosos y hasta macabros con matices eróticos. El incipiente poeta repite en las mismas páginas y crece su consideración entre los andaluces. Desde Málaga lo proclamaban “el más pensativo de los jóvenes poetas andaluces”. Le gustó el halago, se sintió feliz. Notó el orgullo correr por sus venas y vio recompensado versos como los publicados bajo el título de *Cantares*, arraigados con la tierra y con el sentimiento del pueblo:

*Aunque muy orgullosa seas,
en orgullo no me ganas;*

*tú, te precias de tu cuerpo,
yo, me precio de mi alma.*

....

*Volando en el cielo,
en noches de calma,
las azules estrellas errantes
¡qué pronto se apagan!.*

Asentado en cierta notoriedad fue componiendo los primeros versos de *Nubes*. Lo anunció como su primer libro. Nunca lo fue. Esas nubes después trajeron tormentas. Dos. Afortunadamente el tiempo puso sobre el cielo el arco iris.

El joven Juan aliñaba sabiduría popular, colorismo y un algo extraño y rimbombante todavía no del todo identificado por el poeta. Quizá fuera la música que le llegaba de las lecturas de las revistas amontonadas en su mesa, quizá fuera aquella novedad que algunos mentaban como el Modernismo, un concepto que él todavía no

había fijado ni en su corazón ni en su mente, pero del que los que le rodeaban ansiaban mantenerlo alejado. Tampoco él sabía demasiado de aquello. Pero sí que empezaba a ser poeta. Y al tiempo a cansarse de la Andalucía que retratan los maestros coloristas Manuel Reina y Salvador Rueda, que a su entender falsean la realidad y el espíritu de la región. No ocurre igual con su amigo malagueño José Sánchez Rodríguez. José mantiene intactos y puros el sentimiento y la tristeza andaluces.

Será otro poema en *Vida Nueva* el que rompa los moldes de su ascetismo de provincias, de hombre solitario encerrado en su cuarto huyendo de las conversaciones mundanas y vulgares del pueblo sórdido y ajeno. El poeta espera la inspiración que le haga olvidar el viejo mundo que se agita tras las paredes atado y deudor de móviles rastreros, sembrado por gentes que ni piensan, ni sienten, ni sueñan, ni lloran.

[...]
ya el mendigo se revuelva con espasmos
/angustiosos,
con febriles contorsiones,
entre besos y quejidos y caricias
de sus fúnebres amantes ardorosas,
insaciables...

Así terminará *Las amantes del miserable*, su último poema en *Vida Nueva*. Sus versos le valieron una postal de Francisco Villaespesa llamándole hermano e invitándole a Madrid para unirse a la lucha modernista. La postal incluía la firma de Rubén Darío. Al leerla creyó que su casa muguereña blanca y verde se llenaba de extraños espejismos y ecos mágicos que corrieron desde el patio de mármol al de las flores, desde los corrales al descansillo de la escalera que tanto le gustaba, desde la cancela de cristales amarillos a la azotea en la que contemplaba la luna, las estrellas o los atardeceres granas, desde su

corazón a la gran balconada que abría la casa entera a la calle del pueblo humilde. Todo vibró y echó a volar en aquel espacio que volvió a ser el paraíso, su paraíso.

*

Una noche de primeros de abril de 1900 con dieciocho años, había tomado el expreso Sevilla-Madrid en compañía de Manuel Escalante, un sevillano que no tardó en decepcionarle. Llevaba el libro *Nubes* en la maleta. Soñaba un prólogo de Rubén Darío. Pero no habían pasado tres días cuando *Nubes* dejó de ser lo que había soñado para convertirse en una pesadilla que le perseguiría toda la vida. El poemario que había crecido gustoso en Moguer se transfiguró en otros dos, desnaturalizados y artificiales, pero impresos con los colores y diseños del modernismo: *Ninfas* y *Almas de violetas*.

Almas de violetas, o *Violetas* primero, fue sugerido por Rubén Darío, al que acaba de conocer. Jiménez vio a su admirado Rubén soñoliento, de indumentaria difícil y castigada, con pelado reciente, el bigotito claro y un chaqué negro con sombrero de media copa. De aquel hombre pronto sabría cómo respiraba su nariz el aire, o cómo comía mariscos, o bebía whisky, o.... Juan Ramón se aprendió de Rubén hasta el sentido de la línea oblicua de su sonrisa, hasta el vibrar agudo de sus cuerdas vocales, hasta el tacto de sus manos de marqués, decadente y artificial sin duda, pero marqués.

Ninfas fue la sugerencia de Valle Inclán, aquel personaje de largas melenas y barbas alambrescas, con levita y sombreo humo de tubo, en el que los otros vieron un hombre estafalario, pero en el que Juan Ramón encontró un ser sencillo, grato, correcto digno y cumplidor. Con Valle aprendió que la lengua que compartían era su verdadero tesoro.

En aquel Madrid había pocas cosas que fuesen verdad. Juan al principio se dejó llevar por sus admirados amigos. Le pareció gozoso hacerlo. El resto de su vida anduvo intentando borrar de la línea difusa de su existencia aquellos dos libros, que solo entendía como una torpeza bajo las nubes y que persiguió hasta el final de los días con el sueño poético de destruirlos.

Sr. D. José Sánchez Rodríguez.

Amigo y compañero. Recibí su carta del 9, que me inundó de satisfacción; fue un soplo de brisas andaluzas que refrescó mi frente, en este horrible Madrid al que llegué hace dos semanas y del que ya estoy aburrido. Yo aconsejaría a usted como buen compañero que no viniera a esta corte podrida, donde los literatos se dividen en dos ejércitos: uno de canallas y otro de... maricas. Solo se puede hablar con cinco o seis nobles corazones: Villaespesa, Pellicer, Martínez Sierra, Darío y Rueda y alguno que otro más.

Madrid, lluviosa y gris. Nada fue lo que esperaba. Madrid menos. La capital, lluviosa, gris y fría le pareció abominable y fea. No importaba que con Villaespesa, generoso y apasionado, recorriese el Madrid de las tertulias y la bohemia modernistas. Ninguno de los dos entendía demasiado bien cuánto importaba aquella bandera que seguían. El joven Jiménez no era de banderas. Ni siquiera de aquella que en España enarbolaba sobre los tejados, entre las nubes, el admirado Rubén. Del padre aprendieron y recitaron enrevesados versos de memoria. Recitaban las poesías mientras comían a cualquier hora y sitio. Vivían la noche hasta la madrugada. Se levantaban pronto, sobre las ocho. Al despuntar la mañana, cansados y ojerosos, se creían inmortales, dioses en el olimpo. Villaespesa era para Juan Ramón un río oscuro en el que se sucedían instantes raros y extraños. Y Juan Ramón para Paco el vagabundo que conversa con las sombras de

sus sueños, el merodeador que deambula con el alma enferma de delicadezas.

El poeta quería que el prólogo de Rubén Darío en *Ninfeas* fuera su presentación en la sociedad literaria. Los libros que viniesen después no volverían a tenerlo: *Besos de oro*, *Rosas de sangre*, *Siemprevivas*, *Laureles rosas*, *Rubíes*, *El poema de las canciones*... Nunca hubo un prólogo más. Pero no habían pasado dos meses cuando regresa a Moguer sin libros y con la decepción en las alas y la salud psíquica herida. “Allí no se puede vivir, allí se ahogan los espíritus serenos.”

Jiménez notó en Madrid que se le helaba el alma. La suya solo vive para el arte, aun desde la pobreza que le permiten los sueños imposibles que ya arrastra. Los fantasmas, solo suyos, le aturden. Las heridas de la depresión y la neurosis se derraman imparables. Madrid quedaría atrás como un mal recuerdo, como una nauseabunda fantasía

a lo Villaespesa, como un río oscuro que desemboca en un mar de basura, una comida a destiempo, un bullicio insoportable, un círculo de vencidos y descatalogados envidiosos que ahoga a quien llega fuerte y sano, soñando quizás ser alma de poesía, esencia y beso. Él se había acercado honrado, ajeno y puro, con palidez casi de enfermo, ligero de equipajes, a la sutileza vaga, al efluvio que flota –ausentes los oídos y los ojos- entre la nada y las almas.

De la capital se trajo la espera de la crítica feroz y brutal de Clarín en el *Madrid Crónico* contra su decepcionante amigo Paco y contra él. Y ambos, Villaespesa y Jiménez, estaban dispuestos para erigirse en mártires de la causa sin rumbo del modernismo español.

¿A quién le he hecho yo mal?

¿Quién puede arrojarme a mí un insulto? Yo soy demasiado noble. ¡Si yo pudiera contarte...! ¡Hasta Villaespesa!..., y yo lo creí siempre un hermano! —yo lo soy para él- Villaespesa —entre nosotros dos- se ha portado muy mal conmigo; ha hecho cosas horribles, y yo he ido a Madrid después (cuando fui a Alhama, a las aguas medicinales) y lo he abrazado y lo he tenido a mi lado todo el día y toda la noche! Ciertas cosas no se pueden creer; yo al menos no me resigno, a veces. Pregunta tú por mí a todos, y verás cómo te hablan...

El poeta cuenta a su amigo José Sánchez su dolor. Le duele la desazón. Se duele por la falta de comentarios a los libros de sus amigos. Los suyos, *Ninfas* y *Almas de violeta*, tampoco los tendrán.

Navegante en la niebla. La nave juanramoniana vuelve a las nieblas de sus soledades moguerenas. Desarmado huye de la imagen del padre postrado en el patio, rendido y yacente en la penumbra de su vida, como una sombra de lo que fuera, enfermo y deslucido, sin fuerza, pálido de muerte. Le duele la figura derrotada que apenas reconoce.

Pero hace ya tiempo que todo va a la deriva: su vida, su hacienda, el refugio familiar... Solo triunfan los pensamientos ennegrecidos, repetitivos y recurrentes.

En julio el padre muere durante la madrugada. En el silencio de la noche los gritos de su hermana Victoria se le clavarán en la cabeza herida cruzándole el alma. Tendrá desde entonces y durante toda su vida miedo a la noche porque la cree la sincera aliada de la muerte. Morir se acentúa como una de sus obsesiones. El miedo no le deja sentir el gozo de su primer romanticismo cuando los

cementerios, el cementerio de su pueblo, eran parte de sus juegos. El poeta de las imágenes morbosas y rientes, enamorado y ansioso de los besos de las muertas, ya no disfruta sobre las lápidas de las tumbas entre las salinas moguerañas. Ya no quiere ver tendido sobre esas mismas tumbas el desfile de las nubes lentas que pasan sobre el cielo azul, soñando. Ya no quiere hacerse querer por los amigos de juventud, Julio Mazo y Federico Molina, imaginándose un héroe romántico que hace soñar y temer a las dulces niñas de su pueblo.

Ya solo espera las ediciones de *Ninfeas* y *Almas de violetas*. Pero no llegarán hasta septiembre, con el otoño en el que se regodea y sobrevive. Francisco Villaespesa ha manipulado algunas dedicatorias y al poeta le duelen las intervenciones del desconsiderado. Los poemarios tampoco se distribuyen como espera y dolido suplica a los amigos que hablen donde puedan de sus libros, pero con palabras sinceras, sin adulación ni hipocresía.

Rompe los artículos de Julio Pellicer y Ángel Guerra, porque los tiene como páginas

del libro de los elogios, mientras espera verdad y justicia. Pero sus dos primeros poemarios solo recibieron escasas y malas críticas que le dejaron dolido en el orgullo.

En tanto se acrecientan sus problemas psíquicos y abunda en la retirada y en las soledades. El poeta se duele, le cuesta escribir. Se siente delicado del cerebro y del pecho. Respirar es un imposible. Se le comprime el pecho, se ahoga. Sufre de continuos ataques de amnesia que le dejan extenuado, que le hacen sentir entre sus huesos la derrota. Justifica su anemia cerebral, la terrible neurastenia que le devora, en las muchas horas de estudio. El hombre se deshilacha, solo el poeta sobrevive al otoño más gris de sus oscuridades tras un corto período de recuperación en Alhama de Aragón. Los médicos le prohíben escribir y leer. Sin embargo relee y rompe los poemas que iban a formar sus próximos libros. Procura no escribir pero le es imposible no hacerlo, tiene la imperiosa necesidad de alimentarse y sembrar la tierra que le rodea con palabras, acaso lo único que le queda. Una orden

interior le obliga, le posee y hace que respirar sea un trámite necesario para escribir.

Y escribirá para hermanarse con quien cree, en su aislamiento personal, el gran poeta andaluz de entonces: José Sánchez Rodríguez. Su amigo no se ha dejado cegar por los colorines y las músicas celestiales; solo él se ha acercado al interior de la Andalucía que comparten y le ha arrancado el alma a la dulce nostalgia, a la melancolía de su luz y de su alegría.

Tú eres mi hermano. —Le dice— Yo soy tu hermano. ¿Yo soy tu poeta? Tú eres mi poeta.

Entre las calles de Moguer corre la pólvora de su locura. Un día de los tantos en los que no puede dormir, miedoso y aterrado, huyendo de la noche ve amanecer mientras espera en el umbral del médico Rafael Almonte. La noche le aturde, el brillo de las

estrellas le devuelven el frío y el miedo. Necesita su cercanía.. Hasta la madre de su querida Blanca Hernández Pinzón recela ya de las relaciones sentimentales que quiere tener con su hija. No es buena dote la locura.

Hablad de mí. *Os espero, pero sabed que me apesta el incienso barato y que si de los puntos suspensivos es mis versos es porque ansío un lector que piense y sueñe, que ponga de su alma y de su vida, que ya sabéis que me repugnan las poesías redondas donde nada flota.*

Casa de locos. La estancia en La Maison de Santé du Castel d'Andorete (Le Bouscat, Gironde, Francia) no fue del todo aceptada. Juan Ramón salió en mayo de España llorando y pisó desalmado y triste los suelos de aquel sanatorio regentado por Jean Gaston Lalanne, un reputado psiquiatra europeo.

Los primeros días fueron difíciles. Aquellos paisajes no eran los suyos, los cielos no eran sus cielos, los árboles no eran sus árboles. El desánimo por la distancia de todo lo que quería y el sentimiento de vivir en una casa de locos le hurgan en el alma al poeta.

La lejanía del apacible y confortable vientre materno que todo lo consiente.

La distancia de la amada, el silencio, las respuestas que no llegan para sus cartas. Su querida Blanca, la que decía su novia, se difumina en el inaccesible horizonte del sur. La madre de Blanca, Dolores Flores, la mamá Lola, había retenido las numerosas cartas en las que suplicaba su ansia de perdón por todas

las riñas pasadas, que según parece fueron muy frecuentes en la pareja.

El silencio de Blanca ahondará en su aturdido corazón. ¡Escribeme por Dios!, reclama quien apenas puede fijar la atención en nada. Pero Blanca nunca lo supo, las cartas de aquel singular loco enamorado permanecieron intactas, sin abrir, retenidas por la madre, guardadas en el fondo de la cómoda entre las sábanas y las enaguas immaculadas e impolutas del ajuar materno, reservadas nadie sabe para cuando.

Las cartas se descubrieron muchos años después en los cajones de María Gracia, la hermana de Blanca, sin abrir, ajenas a su destinataria. En algún momento Juan Ramón creyó que María Gracia estaba enamorada de él y que había hecho cuanto pudo para que la relación con Blanca no prosperase. Y no prosperó. Si hubo amor y desamor eso ya nadie lo sabe.

¡Escríbeme por favor! Mi querida niña, me tienes tanto que perdonar. Ahora que estoy lejos es cuando más cerca te siento. A veces paso horas oteando estos paisajes de Francia esperando ver entre las brumas la silueta de Moguer. Pero ya sabrás que no, que no se ve, que no es posible, que está todo tan lejos...

Aquí solo permanece el recuerdo de tus ojos, de tu mirada pudorosa y el sueño de que me quieres. Ese sueño bien sabes que me mantiene vivo y tan cerca de esos cielos que tú miras y que yo ahora no puedo ver. Pero a veces, muchas noches, cuando me quedo solo y todo se me hace más difícil todavía, miro esta luna pálida entre los árboles y te imagino a ti mirando nuestra luna rosa de Moguer. Y entonces me siento feliz, contento por saber que ambos podemos ver y sentir igual.

Pero no sé por qué mi querida niña no me contestas. He preguntado incluso al

doctor Lalanne por su hubiera algún problema y me estuviesen reteniendo el correo. Pero no es así, ninguna carta tuya ha preguntado por mí, ninguna postal ha llegado con tu agradable caligrafía pronunciando mi nombre, ningún pájaro de esos que tanto ansío ha cruzado la frontera para venir a verme mandado por tu persona. ¡Cuánto lo querría!

Esta tarde pasearé por la orilla del Garona e intentaré escuchar tu voz entre los gemidos del agua que fluye jugando con las piedras. Y aunque se me haga muy tarde, esperaré a que lleguen la niebla y la luna soñando que entre las sombras cercanas que rodean el sanatorio, aparece tu efigie y te tomo de la mano y corremos bajo las estrellas como nunca nos dejaron hacer en Moguer.

¿Habéis hablado María Gracia y tú de mi ausencia y de mi estancia en esta clínica que se me antoja antipática y triste? ¿Y tú madre, qué dice tu madre? Cuéntale que me he acercado a ver a la virgen de Lourdes. Me

ha parecido hermosa pero algo triste en ese sitio tan húmedo y gris. Aquí todo es tan gris... Su milagro será tenerte a mi lado. Ella y vos sois como las novias ideales. Tú eres mi novia ideal.

Mañana, mi querida niña, volveré a preguntar en recepción si llegó alguna carta de España. Estaré, como siempre, esperándote, ¡Escríbeme por Dios, escríbeme!

Los amores en francés. En

Francia el poeta apenas mejora. Se va aclimatando. En la biblioteca del sanatorio lee a los simbolistas franceses: Baudelaire, Verlaine, Laforgue, Mallarmé.

Allí leyó por primera vez al parnasiano Leconte de Lisle y a los italianos D'Annunzio, Carducci y Pascoli. Volvía lo literario y su afán creador a encontrarse con el hombre. Hecho ya a la tierra, apagadas las lágrimas de la distancia. Retomó a su incesante necesidad de enamorarse, como si el amor y los enamoramientos fuesen estambres de su obra y de su locura (o lo que fuese).

En aquellos días el amor fue para Francina, la fina y dulce niñera de los señores Lalanne; para Jeanne Roussie, que gustaba leer en los jardines de la finca; para Filomena Ventura... para...

Y hasta para la Virgen de Lourdes. En la inmaculada vio a la novia ideal... Algo triste, húmeda y gris, sí, pero ideal.

Los agradables escarceos amorosos y sentimentales con sus amigas francesas llenaron su alejamiento de la literatura y los silencios de su amada Blanca, perdida, negada y difuminada en un horizonte enturbiado por la distancia.

Por agosto el poeta manifiesta al psiquiatra su deseo de dejar el sanatorio. No le importa siquiera que ya su espíritu ha ido anidando y aclimatándose a los muros, a los árboles y a los amores dulces, livianos y ligeros en francés.

*

Tras el otoño en las playas de la bahía de Arcachon el poeta vuelve a Madrid al amparo de las hermanas de la Caridad.

Los días que vienen serán nombrados por el hombre como los mejores años de su vida.

Recluido en el Sanatorio del Rosario, blanco y azul, en un ambiente conventual, tan cercano a veces a su alma ensimismada y retraída, arropado por las hermanas de la Caridad, el hombre y el poeta se fundirán en un juego literario y carnal de sensualidad, amor y perversión.

Me siento morir. No estoy bien, ni medio bien. La neurastenia no cede y el suplicio es constante. La otra tarde perdí dos veces el conocimiento. Soy incapaz de contrarrestar los desastrosos efectos de mi descompuesto estado nervioso que me impone sus caprichos y su aterradora realidad.

Pero he vuelto a escribir. Pronto estará publicado *Rimas*, mi nuevo libro. He entregado el original en imprenta. Serán páginas de tristeza y de crepúsculo, monótonas, sin galas, con la pereza de mi enfermedad y la nostalgia de mi pobre vida. Crea usted, mi querido Darío, que tenía verdaderos deseos de decirle que no le olvido y que le quiero como siempre. Vuelvo a trabajar mucho a pesar de la anemia y de mi hipocondría.

Aquí no me llegan periódicos y las visitas de los amigos son escasas. Pero tengo la certeza de ir con pie firme y no con ilusiones a

lo Villaespesa, que tanto daño me han hecho a mí y a los otros.

No puede imaginar en qué mal lugar he quedado en muchas partes por culpa de ese gran poeta y pequeño amigo. ¡Le detesto! ¡Cómo pudo hacerme tanto daño! Dedicar mi libro a diestro y siniestro, a desconocidos, a gente que solo él conoce y con los que tendrá deudas pendientes. ¡Que escriba él si puede...! ¡Si todavía puede después de tanto Madrid viciado y podrido!

Pecado y dulzura. El poeta se empeña en su libro *Rimas*. A sus páginas se ha llevado algunos poemas de *Almas de violetas*, *Arias tristes*, y otros libros anteriores. En su opinión —lo dice él para sí y con confianza— en *Rimas* es todo igual, pura monotonía.

En su refugio casi conventual en el que huye del bullicio y los sonidos del tormentoso Madrid, se entrega con otros amigos (Perez de Ayala, Martínez Sierra, González Blanco, Agustín Querol y Navarro Lamarca) a la realización de una revista seria y fina, sin ánimo de lucro y al modo del *Mercur de France*, que ha conocido en sus días en Castel D'Andorte, y a la que darán el nombre de *Helios*. Entre todos habían acordado poner cada uno para la encomienda editorial la cantidad de cien pesetas, sin duda una cifra importante para la época. A Juan Ramón le costará abonarlas.

El poeta, ajeno a la economía de la empresa, espera que las páginas de *Helios* sean alimento espiritual, revista de ensueños en los que unos y otros trabajen por el placer de hacerlo. La firme voluntad del altruismo de todos se resquebrajará sin que a Juan Ramón le importe mucho. Hasta lo vislumbra en su necesidad. Cuando su amigo Rubén Darío desde París le advierte que hace ya tiempo que por motivos especiales no entrega una línea a periódicos y revistas que no sea pagada, Jiménez lo comprende. Excepcional admirador de Rubén, Juan Ramón se disculpa en la esperanza de poder pagarle algún día. Mientras llega promete defender su memoria y su obra ante las bestias, las pobres bestias madrileñas que desconsideradas e incultas acechan como animales de presa.

Helios vio la luz con artículos nobles, valientes y admirablemente escritos, que confirman para Darío que todo poeta escribe bella prosa. Al maestro le duele imaginar al amable Jiménez bajo una inabarcable enfermedad de tristezas y melancolías. La

revista supone también para el poeta los primeros vaivenes económicos, que se unirán a su permanente crisis personal. Será su hermano Eustaquio el que le restablezca de las deudas contraídas a razón de la deficitaria publicación.

El sanatorio blanco y azul del Rosario se ha vuelto ahora su casa. Allí, pálido y circunspecto, con tono ceremonioso, distante y ligeramente irónico, recibe a los amigos; y hasta a alguno que, como Francisco Villaespesa, se había prometido no recibir. El poeta habla lento y dulce pero seguro, se recrea y se escucha entre aquellas paredes que a momentos le parecerán parte del paraíso. Los amigos van y vienen a veces ajenos a las normas de la institución. A verle pasan Manuel Reina, ya desvencijado, casi ciego por la diabetes y cojo a resultas de un tranvía de los de Madrid que se lo llevó por delante; el estimado y excepcional barbudo que sería siempre Valle Inclán, incapaz de respetar el ruego de silencio impuesto por la casa, y que leía y discutía en voz alta, como si nada lo

impidiese; o Salvador Rueda, con gorra y alpargatas, y tan humildemente vestido de blanco que más de una vez pasó de largo del sanatorio por miedo a desentonar frente al maestro. Y Benavente, y Martínez Sierra y... hasta Villaespesa, el amigo negado, que fiel a su fama, persistiría en renovar infundios, promover castillos en el aire y anunciar la llegada de personajes que nunca llegaron por su intercesión a Madrid.

Cuando en febrero de 1902 se publicó *Rimas*, el autor mandó ejemplares esperando reseñas y palabras en los periódicos y revistas de la nación. Puso entonces su fe en que así lo haría Miguel de Unamuno, al que admiraba sinceramente y llamaba maestro. Pero don Miguel no contestó a su esperanza y no escribió ni una línea sobre aquel poemario, tal vez porque no le gustó o tal vez porque no encontró el momento o la posibilidad de hacerlo.

Solo escribo y quiero. Me gustaría escribir más, publicar algunos trabajos sobre los libros que me llegaron de mis queridos amigos. Con José Sánchez Rodríguez tengo una deuda yo y tantas mi alma andaluza. Pero soy consciente de que aquí apenas soy nadie y que son pocas las publicaciones que aceptarán mis trabajos. Lo estoy intentando: *Málaga Moderna, La Lectura, Peña Labra...*, pero es tan pobrísima la colección de papeles que están dispuestos a recibirlos... Me gustaría corresponderles a su amistad y a los libros que me enviaron. Ya sabes que tengo la monomanía de los libros dedicados. Pero ahora es todo tan raro. ¡Y necesito tanto que me quieran!

Yo sé querer. Eso lo sé y no tengo dudas. También sé que aunque voy conociendo a más gente cada día, cada vez tengo menos amigos. Querámonos mucho los que lo somos hasta que un día podamos

abrazarnos en la misma estrella. Pero me da tanto miedo querer a alguien y quererlo tanto. No sé para qué se quiere, ¿es tan fácil morirse!

Blancas y sensuales. En el sanatorio las visitas al poeta se suceden e interrumpen los juegos sentimentales y enamoradizos en los que se ensarta el hombre con las blancas y dulces novicias, que lo miman como madrecitas y sensuales amantes rendidas a los encantos del caballero vestido de negro, todavía de luto por su padre, que se ha ido dejando crecer compensada y liviana la barba. El hombre-poeta, fiel a su sino, se ha ido enamorando de las novicias, que de blanco, deambulan entre las flores de los patios ajardinados del sanatorio, creyendo que todas son parte de la primavera que espera con ansia.

Ellas, con el corazón asustado debajo del hábito, venían a significar los gozos sublimes que la vida le negaba. Y hasta la perdición, o el pecado, o el sabor de la carne guardado entre sus manos virginales y platónicas, que habían sabido ya del gusto de la cercanía, del roce, del tacto, como caminos

de placer e infierno entre las verdes praderas francesas.

Había en aquellas monjas puras y juveniles un hilo de perversión y dulzura, de novias ideales, tan pálidas y rosadas como la virgen de Lourdes, a la que había dedicado tan sensuales como altos pensamientos, húmedos y angelicales, entre la gloria y el purgatorio, al fin y al cabo las lindes en las que el poeta se había acostumbrado a vivir y a padecer, recordando en su cuerpo y en su alma la pasión y el arrepentimiento de los místicos.

Sor Pilar, Sor Amalia, Sor Manuela, Sor Andrea... tan niñas, juguetonas y llenas de gracia, impregnadas de la fiebre de la juventud y ajenas sin duda al recatado encerramiento de las monjas más viejas ya vencidas por la oración y los años. Aquel ambiente de regocijo tenía al tiempo un alo perverso de perdición y pecado que en Juan Ramón, siempre rebelde al modo de los poetas románticos, recreaba las suaves y cadenciosas alas de los enamoramientos que tanto gustaban al joven enfermo.

Sor Pilar, tan gentil, de penetrantes ojos negros, sería quizás una de sus preferidas. Su cercanía, los latidos tímidos y próximos de su corazón pequeño e inocente de chiquilla, el suave timbre de su voz interrumpiendo el amarillo redondel de la luna que miraban juntos. Sus manos, sus dedos presurosos y huidizos, huyendo y quedándose al tiempo...

Pero todo alguna vez se rompe. Y fue así que se rompieron sus sueños. De tal manera que cuando cerraba los ojos apenas quedaba la silueta de los pechos imaginados y tersos, blancos de sombra y pureza, de la hermana Amalia. O el cuello resuelto de sor Andrea entre su pelo rubio difuminando su rostro y sus sonrisas. Y todas como un aparte de sensualidad, como un reguero de relaciones amorosas imposibles que terminaron imponiendo la imperiosa obligación de reconducir al orden aquella inocente locura; inocente pero verdadera.

Y fue así que antes del verano Juan Ramón partió de excursión a la sierra de Guadarrama con el doctor Francisco Sandoval, amigo y compañero de Luis Simarro, que después se convertiría en su médico de cabecera y en su guardián. Pero ya entonces en el sanatorio, su directora, celosa y carcomida por la envidia porque para ella no había ni dulzura ni atenciones ni poemas, había asignado a su servicio a monjas de negro, viejas, viejísimas, que devolverían al escritor a los fríos recovecos de su invierno, de sus inviernos, en los que —como por capricho— volvería a lo más hondo de las tristezas.

La melancolía empezó a tomar aposento cuando su amantísima Sor Amalia Murillo fue trasladada a otro convento. Para entonces sus ojos esquivos y tímidos, pero muy observadores, se habían quedado como esperándola por siempre.

La escapada con el doctor Sandoval le ayudaría a sobrellevar el pecado entre sotobosques, riachuelos y los árboles serranos

que poblarían sus largos paseos en compañía pero en silencio.

De aquel tiempo de glorias le quedarían al sublime Jiménez las monjas negras y los capellanes oscuros. Y aunque los precisaba para sentirse protegido de la muerte a su entender siempre vigilante, les parecerían tan diferentes y tan distantes de los ángeles que había conocido allí mismo, que los convirtió —o se convirtieron por sí solos— en seres zafios, mundanos, tan groseros, tan interesados e impuros, que en el fondo del hombre empezó a emerger un sentimiento anticlerical que iría desde entonces tomando más forma y creciendo.

Vivo retirado y solo con la visita puntual de algún buen amigo. Ya sabe que me gusta hablar poco, que no frecuento cafés... que ni tan siquiera voy el centro de Madrid. Mi vida es leer, trabajar y soñar mucho, sobre todo eso, soñar mucho. Y a veces llorar, llorar todo lo que puedo por las cosas queridas que ya no están, porque tengo el presentimiento firme de que en algún momento de estos yo también dejaré de estar.

Quizá por eso, por llorar tanto, tengo los ojos tristes y escribo cosas tristes, porque como me dicen estoy enfermo de tristezas, de melancolía, de desazón y de distancia; de la distancia de tantas cosas que quise y de las que apenas me repongo. Pero le advierto, quizás yo tampoco sería capaz de escribir cosas alegres. Quizá yo sea así.

Pero también es verdad que ya no pretendo amistades hondas ni de ningún tipo con otros. Tan mal se han portado conmigo

quienes se dijeron mis amigos... Fíjese Villaespesa, a quien le tengo cerrado para siempre la puerta de mi casa. ¡Para siempre, se lo repito, cerrada para siempre! Y aunque mi hipocondría, la maldita idea fija de morirme, así, sin avisar, dejándolo todo por hacer, apenas me permite centrarme en nada, procuro reaccionar, restablecerme y levantarme, vencer y vivir la vida y luchar para despertar la poesía en esta España nuestra, donde hay poetas nuevos que nos atrevemos a anunciar mucha belleza. Antonio Machado sobre todo, ¡qué gran poeta!

Vivo retirado y solo, alejado y aislado de mundo terrible al que interesan otras cosas. Retirado y solo, como le digo, y embelesado en lecturas, soñando mundos y trabajando de vez en cuento, todo lo que mi cerebro enfermo me permite. Si no fuera por ellas...

Si en este paraíso en el que viven estos ángeles no se hiciese nunca de noche... Si estos largos pasillos tan callados siempre no se

convirtieran en las madrugadas en corredores gélidos, tan fríos y rendidos al miedo... Sé que en cualquiera de sus esquinas me aguarda la muerte, cuando no esos monstruos que le ayudan y toman posesión de mis sueños destrozándolos

Si por mí fuera me quedaría con los rostros dulces de mis queridas niñas, con sus manos temblorosas, con sus ojos negros, o verdes, o pardos... Pero en la madrugada esos ojos no están y el paraíso deja paso a un infierno que me destroza y aterra hasta hacerme sufrir tanto como sufro. He visto, no se lo puede imaginar siquiera, animales imposibles, con cuerpos y patas que me acechan, perros salvajes con caras de hombres, arañas con peludas patas y desconcertantes cuerpos que se suben y toman la cama de este pobre soñador cual si fuesen su nido.

Si no fuese por ellas, que ahora se difuminan, esto no sería un apéndice del paraíso en este destartado Madrid en el que

la tranquilidad, y hasta vivir, es tan difícil. Son tan hermosas y tan tiernas todas, tan atrevidas y prudentes, tan virginales y tan mujeres al tiempo, tan bromistas y tan recatadas, tan cautas pero con el impulso gozoso de la juventud...

Si ellas no van a estar, mi querido amigo, yo tampoco.

Todos son crueles. Su sincero amigo Gregorio Martínez Sierra había publicado la novela *Pascua florida* y Juan Ramón quiere responderle con un comentario en alguna de las pocas publicaciones que se lo permiten: “Un maestro de escuela, que no dice grandes cosas, pero que ha tenido antes en el corazón cuantas han dicho sus labios.” Tampoco lo consigue.

Sus proyectos van a la deriva y la falta de disponible entristece al poeta. Sin dinero las pequeñas deudas contraídas por sus inventos editoriales se le hacen cuesta arriba. Los periódicos y las revistas en las que colabora o no le pagan o lo hacen tarde y mal.

La salud, o su eterna enfermedad, él mismo, se le resiente incluso ahora que vive con el doctor Luis Simarro, convertido en su sombra, creyendo de alguna manera que tenerlo cerca es como una garantía ante la muerte siempre avizora. A su lado goza de una tranquilidad relativa. Le gustan del doctor

su camaradería, su cercanía y su siempre presencia. El médico sale poco y eso para Juan Ramón es garantía de tenerlo cerca y de forma permanente. Su compañía es impagable para quien a esas alturas de la vida se ha vuelto todavía más insociable y con miedo a conocer gente nueva por temor a la decepción, a ser engañado, a marchitarse igual que las amapolas recién cortadas. En los otros percibe una crueldad inasumible para quien se cree de cristal, de flores, hecho de sentimientos sutiles y frágiles, rodeado de hilos blancos como de ceniza de plata.

Pero a veces el doctor, ajeno a ese mundo interior intricado e imaginario, se le revuelve y le planta cara sabiendo ya que una parte de su enfermedad está en su condición, y que el sentirse así es un modo de ser querido, de mantener la atención, de contar con los mimos ya ausentes: “Si se quiere matar no desperdicie una bala, tírese por esa ventana, yo se la abro”, le dice.

Y el hombre poeta se queda pensando en el gesto rudo y decidido con el que el médico le abrió y ofreció la ventana que se ha quedado abierta de par en par. ¿Será cierto el ofrecimiento?

Y mirando a través de las gasas de las cortinas al viento recuerda los miedos nocturnos, los fantasmas que le aguardan y que llegan con el amparo de la luna, cuando la casa se convierte en un ligero bisbiseo y se adueña de todo un silencio que él cree extraño y parte del enemigo oscuro que quiere tenerlo consigo. Y el gesto de su amigo le augura y le recuerda el incómodo retrato del niño mimado y consentido que todavía permanece a la sombra del hombre que ya es.

El poeta, aunque va eligiendo esta forma de vivir, se siente aislado y echa de menos la libertad de la que cree gozan los otros, los pocos que le visitan o con los que escasamente se relaciona, personalmente o por carta. El ingenuo y mimado Jiménez tiene miedo a casi todo, a viajar solo... a vivir la vida de cerca. Él prefiriere mirar la rosa y no herirse con sus espinas, contemplar la gota de

rocío sobre sus pétalos a notar el frescor cristalino en su piel, lleno, como vive, de un temor enfermizo y muchas veces infundado, pero miedo al fin y razón para persistir en su abusivo apartamiento.

Por entonces hace mucho que no visita a los suyos: su madre, sus hermanos... a la novia. ¿A la novia? A la novia que ya en silencio se quedó esperándolo —u olvidándolo—, enlutada por su padre muerto, ausente y distante, en Moguer, aprendiendo lecciones de monjas que nada tenían que ver con sus monjitas blancas.

El hombre, entristecido, medroso y escurridizo tenía ahora el miedo de volver y enfrentarse a la realidad de su casa en decadencia. Y tenía además la certeza de que, de iniciar el viaje de vuelta, nunca llegaría a su pueblo, que moriría en el viaje. Pero sabía

igualmente que la muerte lo son también la ausencia y la distancia. Quizá por eso, a esas alturas de su vida, con su hermano Eustaquio al frente de la hacienda y los decrépitos negocios familiares, guardaba a flor de piel un innegable miedo a reencontrarse con una realidad que prefería mantener a distancia, lejos, recreando y viviendo la propia, erigida entre recuerdos, pero que quizá tampoco ya fuese la suya aunque él la mantuviera todavía intacta y reconfortante.

Mis nubes rosas se desvanecen.

Ya no queda apenas nada de lo que es mi memoria.

El pueblo seguirá blanco, pero por las noticias sé que la familia ha perdido el esplendor, el lustre de los días gozosos en los que yo montaba, como un príncipe, sobre mi valeroso caballo Almirante, y recorría las calles y los barrios entre la alegría y la admiración de todos. Y de los niños y de las niñas más, que me veían, siendo tan chico entonces como un caballero. Si acaso de aquel pueblo quedarán las casas tristes, las calles solitarias, el sol, las nubes, el cielo, las marismas eternas que nos rodean y que se funden en el mar, pero todo con una pátina gris, como de más pobre, sin el brillo de lo que fue tan hermoso. Hasta madre, mi madre, tan altiva, tan dulce, tan mía, está mustia como si se la estuviera poquito a poco tragando el tiempo y la vida de pesares y desasosiego que lleva desde que padre quedó tocado por la mano de la muerte. Lo

enterraron después, pero yo sé que había muerto antes, que yo lo veía, sin vida, sin fuerza ninguna, sin aliento, esperándola solo, sentado en aquella butaca que le ponían en el patio y que era como un ataúd donde aguardarla.

¡Pobre tío Paco, pobre Eustaquio, cuánto han sufrido sorteando una quiebra que a punto ha estado de arrastrarnos a todos! Quince millones dicen... Algunos han criticado que yo no haya hecho nada, que no haya arrimado el hombro en días tan difíciles, que siguiera en lo mío que tampoco entienden, que tampoco es nada. ¿Pero qué podría haber hecho yo que apenas sé ni de negocios ni de navegación? ¿Sabría echar a navegar el San Cayetano, el barco de padre cargado de barriles de vino fino moguereno buscando puertos en los que recobrar riqueza? ¿Volvería yo con Picón, aquel marinero rudo y cortés que me acercaba a La Estrella, el barco de mi tío, con cuidado de que no me pasase nada, a navegar en su compañía mar adentro sin saber siquiera a dónde? Ya todo está

arrumbado, desguazado y viejo. Las bodegas tabicadas y más oscuras que nunca. ¿Qué podría haber hecho yo que apenas sé seguir el rastro de una cuenta?

Hasta el río, que tanta riqueza nos dio en tiempos, baja ahora roñoso, cobrizo y pobre, como si se hubiera contagiado de esta penuria que nos acuna a todos y que todos resumen en esa inevitable quiebra que nos ha dejado en la orilla de una vida tan distinta de la que disfrutábamos.

¿Pero qué podría haber hecho yo? Dímelo tú que tan buenos consejos me das siempre y que tanto me quieres.

No volverás sin aprender

algo nuevo. Juan Ramón había llegado a la Institución Libre de Enseñanza de la mano del doctor Simarro sobre 1902, pero cuando aceptó la invitación del médico a compartir su casa, que al galeno le parecía sola y demasiado grande tras la desgraciada muerte de su mujer, las visitas de ambos a la institución se multiplicaron. En el otoño de 1903 el enfermo ya se ha trasladado a la residencia del médico y docente. Con este gesto Simarro se procuraba la compañía del paciente y amigo, pero también salvaba al hombre que tanto estimaba del confuso ambiente en el que ya vivía en el Sanatorio del Rosario, donde el clima, después de la bondad y el placer de los primeros meses, se había ido enrareciendo.

Simarro era hombre progresista e institucionalista convencido, además de gran amigo de don Francisco Giner y de Manuel

Bartolomé Cossío, artífices de la Institución Como buenos krausistas soñaban con la reforma de la educación nacional y con que aquella sería la semilla de un futuro muy diferente para la enseñanza, fundamentalmente de las ciencias y de las lenguas. Y aunque eso nunca fuese cierto y la tal permaneciese como una isla de progreso educativo, la verdad es que muchos aspectos que heredarían los sistemas educativos del futuro, habían enraizado entre aquellos planteamientos.

Don Francisco y Juan Ramón se profesaron respeto mutuo. Para el poeta Giner era todo luz y llama, gran y buenísima persona, sin ningún egoísmo, puro y anticlerical, un cristiano sin misas, poseedor además de un andalucismo sutil que tanto admiraba aquel poeta que se postulaba sobre todo andaluz. Giner se convirtió, en aquella Institución a la que Juan Ramón acudía a conferencias, charlas y encuentros, y de la que jamás saldría sin aprender algo nuevo o sin alguna novísima inquietud, en un modelo

especial y esencial para el hombre en construcción que el escritor llevó siempre dentro y que entonces, como una continuación de su singular locura, empezaba a tomar forma de compromiso y solidaridad.

¡He jugado tanto con las sombras de la muerte!

Con verdadera pena le digo que no podré ir a Granada. ¡Sería tan bello charlar con las fuentes de la Alhambra! No estoy fuerte y sigo viviendo con el doctor Simarro; la obsesión de una muerte repentina no me abandona.

Crea usted, mi querido amigo, que no estoy bien; y, lo que es peor, que nunca estaré bien. ¡He jugado tanto con las sombras de la muerte y con las apariciones! Creo que no le dije que ha muerto Mercedes Roca, la mujer de Simarro. Ha sido una gran pena para todos. Lo he sentido como si fuera de mi propia sangre. Tener un médico al lado tampoco te salva. Cuando llega llega. Y la noto —créame— tan cerca, que muchos días antes de que se haga de noche (será una de éstas cuando me llegue), que lo preparo todo y ordeno lo que puedo para que... En fin, ya me entiende. Le decía que murió la pobre Mercedes. Y que algunos días acompañé al doctor al

cementerio. Ha dispuesto que le pongan una lápida muy linda, sin remilgos pero muy digna y sencilla. No tiene más epitafio que su nombre y las fechas. Solo una yedra cercana la cruza y la adorna como si fuera un abrazo. Ha sido una gran pena, era tan buena, cariñosa y bella. No lo sabe bien.

Siento hondamente no estar con usted. Se lo digo de veras. Si yo pudiera viajar en mi estado. Me gustaría acompañarle cuando se acerque a Málaga y se siente frente al mar, el mar de mi tierra, la tierra que tanto quiero.

Por el mar no, por mi mar, que será ahora el suyo, no. El mar siempre espera, la poesía no, la poesía es la vida y la vida siempre pasa. Mi querido amigo, me gustaría tanto acompañarle, ¡podríamos hablar de tantas cosas con el mar, mi mar y el suyo, como testigo! Podríamos referirnos tantas confidencias, tantos secretos con el oleaje bravío del Mediterráneo de fondo, pero tan cercano, que ya verá que se parece al oleaje de su alma.

Sin embargo, a pesar de todos mis deseos he de quedarme aquí donde ni los cielos son alegres. ¿Cómo puedo serlo yo que no estoy bien, que vivo cautivo de tantas sombras en una ciudad tan grande y fría donde apenas tengo un poco de cariño? Fíjese que he ido a ilusionarme con una señora que ni conozco y que vive, Dios sabrá dónde, allende el mar. Pero es tan difícil encontrar en esta tierra una mujer bella que no odie a los poetas, que guste realmente de los versos... Me ha escrito solicitándome unos libros y estoy aquí tan solo que ha sido como si se encendiese una luz entre tanta oscuridad. No la conozco, pero si es tan hermosa como galante... Se llama Georgina, ¿no le gusta su nombre?

De un ramo que tengo sobre mi mesa le mando unas violetas y un pensamiento, pero por favor no me las pierda, guárdelas como si fueran parte de un hermoso secreto. Se lo pido encarecidamente.

Georgina... ¿De veras que no le gusta su nombre?

Carne apasionada. Al hombre siempre le gustaron mucho las mujeres. El poeta prefería la carne blanca, de azucenas y nardos, a la carne de sol. Y en una encrucijada casi permanente de recuerdos y distancia manifiesta casi continuamente una externalizada necesidad de amar, que no comparte su excepcional amigo Gregorio Martínez Sierra, que fija en este detalle uno de los grandes problemas del hombre enamorado que deambula y busca en los corazones su regocijo y su gozo: El mal de no amar, de no saber amar, que no el de no ser amado, aunque desde su oscura visión poética viva en una búsqueda continua, lo ignore y se duela por ello.

La ausencia de Blanca, su novia del pueblo, su reiterada falta de respuesta, hacen que el hombre se fije, y hasta se enamore de mil detalles de las mujeres que se cruzan en su vida, ya de camino del cementerio acompañando al doctor Simarro, o de regreso

de las librería de Romo, en la que se reciben las novedades de Europa, o de la que fuera propiedad de Fernando Fe, el editor de su libro *Rimas* y que estaba preparando la primera edición de *Arias tristes*, seguramente el poemario más revelador y modernista de la literatura española.

El joven Jiménez entonces guardaba el recuerdo fresco de la carne de Francina, la niñera de la familia Lalanne, quizá la protagonista de sus primeros encuentros sexuales plenos, fraguados con la complicidad de la noche en los jardines que rodeaban la clínica, con la luna y las estrellas por testigos, una vez que la bella y dulce joven daba por terminada su jornada junto a los niños que tenía a su cargo, entregándose entonces a los brazos del ansioso amante (ambos estaban en edad y disposición para merecer) convertida en un torbellino de besos y de carne blanca y apasionada, poco que ver con los amores bucólicos e inocentes, casi platónicos, de su adolescencia en Moguer y Sevilla: Blanca Hernández Pinzón y Rosalina Brau.

Los recuerdos tan gratos y placenteros de Francina, a días y durante mucho tiempo, atormentaron al hombre escurridizo que por los resuellos de su educación tradicional suponía pecaminosos aquellos besos que se habían hecho fiebre en su boca; mientras se le revolvían en sus adentros los recuerdos blancos, perversos y sensuales de su estancia en el sanatorio del Rosario, con los que tanto había vivido y creado. De aquel tiempo en la frontera de su singular moralidad guardaba tanto que terminó llenando sus sueños y su poesía con los fantasmas de su paraíso particular:

*Y allí, bajo el traje blanco
allí, entre la sombra estaba
su cuerpo, su dulce cuerpo,
defendido por su alma;
[...]*

La relación con Blanca Hernández-Pinzón, a la que tuvo mucho tiempo como su novia, estaba en esos días en punto muerto, y sus ruegos a la joven sin obtener noticias

herían su corazón desconsolado y necesitado de besos y sonrisas capaces de fundir al tiempo la pasión erótica y el sentimiento maternal que lo mantenían mimado y vivo. El hombre y el poeta sabían ya que la ausencia era la muerte y que la distancia acentuaba ese miedo perenne que le acompañaba en las que él llamaba terribles soledades, ocupado solo en su obra, que lo mece o acuna como el mar en movimiento, mientras intenta alguna colaboración en los periódicos amigos, y se recrea en el anhelo permanente de amar y ser amado.

A veces, desesperado, picado por la infidelidad de pensamiento y de obra que arrastra frente a su querida Blanca, reescribía cartas en las que le pedía perdón por todo y se entregaba a su amor y a su recuerdo. Otras tardes, más angustiado y solo, se empeñaba en recordarle a ella los besos que se debían y que se ofrecieron, incautos y puros, mientras su madre dormitaba rezando el rosario. Recuerdos que sin duda ambos guardarían y que tenía la necesidad de exigírselos para

romper para siempre con su silencio y con aquel tormento que en poco beneficiaba su anclada salud. Si entre ellos todo había concluido, lo mejor era pedirle todo lo que los unió: cartas, retratos, libros... Hasta lo más insignificante debía formar parte de un pequeño paquetito que él algún día mandaría a recoger. Roto el amor, qué se había de esperar.

En ese impasse cualquier insinuación, cualquier mirada, cuatro palabras bien sonantes en bocas de mujer, se le aparecían al hombre como el señuelo necesario y el misterio que agradecería enormemente y con el que rellenaba su apartamento y la lejanía de los suyos y de los otros, refugiado en una ciudad que nunca pasó en aquellos días de primeros de siglo, de parecerle fría y fea, sin la gracia del sur que tanto añoraba, y que tan lejos se le aparece. Un mundo sórdido y gris que poco tiene que ver con la casa familiar que mantiene intacta en su memoria y en la que nada, absolutamente nada, era feo ni estaba fuera de lugar.

Señor Jiménez:

Después de haber mandado al correo la carta para V. pidiéndole su libro “Arias tristes”; hubiera querido retirarla, destruirla y ¿Por qué? Le diré; supuse que el paso que daba no era muy propio, no era muy correcto. ¡Sin conocer a V., sin haberlo visto siquiera, le escribía, le hablaba, cuando, como yo, se tienen 20 años, se piensa pronto y se sufre mucho!

Mas felizmente todos mis desasosiegos se han calmado, todas mis dudas han desaparecido, al recibir su atenta carta y su hermoso libro.

Sus versos llenos de tristeza hablan al corazón y al cadencioso vibrar de las notas melancólicas de soledad, recordaré esas estrofas en las que vaga el perfume delicado y suave del alma de su autor.

Si le dijera a V., que una parte de su libro me gustaba más que las otras, mentiría.

*Cada una tiene su encanto, en nota gris, en
lágrimas y en sombras.*

*Que esas vistas que le mando, le
agraden es el deseo de su amiga y admiradora,*

*Georgina, Lima, 20 de junio de
1904.*

Embarcaría en el primer

barco. Por mí, si no fuera porque todavía no estoy bien, embarcaría en el primer barco que me llevara a su lado para que su presencia fuese el ramo de flores frescas que necesita mi vida, donde retirado el amor, solo quedan las palabras que ahora quisiera enviarle, pero que seguro no haré, por prudencia, por amor.

(El poeta halagado relee la carta todavía impregnada de los cielos de Lima y la nota tan cerca que solo quisiera ofrecerle su mano limpia como una llama. ¿A quién le importaría —y menos a él— que todo fuese una farsa?)

¿Qué pensaría usted mi dulce amiga, si de pronto le ofreciese todo lo que llevo en el pecho? No la culparía si dijese que este Jiménez no es más que un poeta que ha estado y está medio loco. Un loco que apenas sale, una locura que consiste en ser diferente. Si es así estoy más loco que nadie.

Usted no sabe lo que es

tristeza. Juan R. Jiménez y Antonio Machado se profesaban un profundo y reiterado respeto que se mantendría durante toda sus vidas. Se conocieron jóvenes y se tenían por personajes singulares y por hombres de palabra, por poetas verdaderos.

Antonio, muy apegado a la tierra, a tocarla, a notar y sentir de cerca el frío de las noches o el calor abrasante de los días, al igual que sabía de la inestable estabilidad de la ceniza en sus cigarros, creía que aquel poeta tan hondo tenía un déficit de realidad perceptible en los versos que componían sus *Arias tristes*, una carencia que echaba de menos en su aterciopelada poesía llena de sensaciones y de sensualidad ilusa, imaginaria e irreal. Desconocía sin embargo el buen profesor, que conocía a Jiménez de leídas, que si algo había en aquellas composiciones era la realidad, inimaginable tal vez, pero vivida al fin

por aquel *rara avis*, que apartado de la vida por sus propias consideraciones, había surgido de lo más hondo como un manantial sin fin, sin deslindar siquiera dónde empezaba lo cotidiano y dónde lo ficticio, dónde la ficción y dónde la realidad, entretejiendo con todo un espacio estético y literario desde el que emergería toda la nueva poesía en castellano. No lo sabía don Antonio, pero sí Gregorio Martínez Sierra, buen conocedor de su vida y de su obra, cuando alguna vez afirmó que la imaginación del poeta era maestra en verdades.

Las afirmaciones de Machado en la crónica que publicó en 1904 en el diario *El País* sobre *Arias tristes* no perderían de todos modos su trascendencia y oportunidad:

“¿Tristeza? ... Afortunadamente, Juan Ramón Jiménez no sabe lo que es tristeza.”

La tristeza a que se refería alimentaba otras plumas más apegadas a la crujiente realidad social y al hambre.

Quizá fuera eso, y el vivir ajeno al bucólico universo tan apretado de extravagantes e ilusorias pasiones que vivía aquel otro poeta, lo que lleva al autor de las *Soledades*, una obra cercana en el tiempo pero alejada de los versos que enjuiciaba y que le habían parecido excepcionales, a expresar que “Juan Ramón Jiménez se ha dedicado a soñar, (y que) apenas ha vivido vida activa, vida real.”

Y podría ser así, a pesar de la veracidad y la realidad que se colaban puntualmente en sus arias. Al fin y al cabo la idílica vida real vivida por el poeta era la difusa existencia que le permitían sus imaginarias enfermedades asentadas en su inmadurez, en las que se regodeaba contemplándose hasta convertir en cierto un mundo particular hilvanado en un bello libro lleno de una firme y vibrante sensualidad que le habría de parecer “admirable” a Antonio.

Respetamos a nuestros

mayores. Ya sabe usted mi querido Antonio cuanto agradezco sus palabras. Las agradecería aunque fuesen para ponerme verde, que no es el caso, así que hasta más. Cuando quien habla es sin duda una de las voces que está por ser una de las más valerosas entre los jóvenes actuales, para mí son todavía más importantes. ¡No sabe cuánto aprecia su poesía el gran maestro Darío! Y me alegra tanto coincidir con él, como no podía ser de otra forma. Por eso solo tengo que agradecerle su cordialidad y su confianza dejándonos versos tan bonitos y sinceros para nuestra *Helios*. Ya leí también con admiración las palabras que le dedicó mi querido Gregorio Martínez Sierra, tan fiel seguidor suyo. Y aunque sé que usted es de los que piensa que lo pasado pasado está y que es preferible mirar al futuro siempre, sin perder tiempo en la obra que queda atrás, no podíamos en la revista dejar sus *Soledades* sin

una referencia en nuestra páginas, sabido como sabemos que su libro es tan importante para nosotros.

Me gustaría aceptar su invitación a charlar en el café de Goya, pero ya sabe que frecuento poco esos lugares. No me siento bien en ellos, sabe que no estoy bien del pecho y el humo me molesta y me hace mucho daño. Me gustaría que hablásemos largo... Tenemos tanto que decirnos nosotros que respetamos y sabemos tener en su sitio a nuestros mayores, a nuestros maestros, de los que hemos aprendido y de los que tanto tenemos todavía que aprender.

Permítame decirle que da gusto hablar con alguien que ha leído a los franceses en su lengua. En mis días en Francia comprendí la importancia del contacto directo, del valor de sus palabras cuando se entienden con su música y con sus ritmos propios. Disculpe que le haga este comentario, pero lee uno cada cosa de quienes se dicen traductores. Y usted sí que sabe cuánto de importante es la música, como esa otra que sobrevuela tan hermosa sus *Soledades*, su libro que he releído sin fin y que

me gustaría que algún día me dedicase. Tengo la manía de los libros dedicados, quizá ya lo supiese...

Agradezco también sus apreciaciones sobre mí. En modo alguno me enojan. Son tan sinceras... ¡Qué le vamos a hacer, yo soy así!

Su amigo,

Jiménez.

En mayo de 1904 dejaría de publicarse la revista *Helios* y con ella fenecía acaso el último de los sueños de modernidad periodística y literaria del poeta, que se reafirmaba en su admiración por Antonio Machado y por Rubén Darío, de quien preparaba la primera edición de *Cantos de vida y esperanza*. Junto a su colega Martínez Sierra se ocupaba también entonces de *Tierras solares*, una colección de artículos del maestro que esperaba entregar a imprenta antes del verano.

Suspense enamorado. Juan

Ramón se fue enamorando tiernamente de aquella dama que había acertado de lleno en su corazón romántico y tan dispuesto al amor.

El suspense de imaginar más allá del mar a alguien, necesariamente hermosa, que lo espera y lo que es mejor, que lee con devoción sus poemas, de la misma manera que escucha entre ensoñaciones el mar, eran sin duda argumentos suficientes para vislumbrar cuánto amor, a su modo, entre el ideal y el deseo, entre la realidad y los sueños, se destilaba en aquella historia en la que lo menos importante sería siempre si la amada era de veras o solo una imagen en la frente del poeta.

¡Qué importa eso para el amor!
¿Restaría eso pasión? ¡Hay tanto amor entre seres que se dicen reales que se ha derramado antes de beber del vaso, y tantísimos amores entre amantes imaginarios que se han saltado las fronteras de su tiempo!

El poeta quiso regalarle a Georgina su poesía reciente reunida en *Jardines lejanos*. La

admiradora, la lectora de más allá de la mar, la desconocida que amasaba amor en su pensamiento, declinó y rechazó dulcemente la intención.

Las negativas en cuestiones de amor tampoco tienen demasiada importancia. Son parte del juego, un concierto amoroso para el que el escritor parte satisfecho y encantado sabiendo que sus versos son para ella –los acepte o no– la más sincera y pura compañía frente al mar, o entre el aroma de su jardín limeño con pájaros y una luna sola para los dos.

¿Qué importaba todo lo demás o a qué respondía todo aquello? ¿A la realidad? ¿A los caminos oníricos desbrozados por los versos? ¿A la bruma difusa que se ofrecía ante sus ojos abiertos? El poeta era feliz. Necesitaba el calor dulce de la musa. Todo lo demás quedaba sin ninguna importancia. Solo el mar estaba en medio con su vaivén perenne y eterno de olas infinitas e incansables.

He vuelto a mi pueblo. Mi buen amigo, mi médico y casero me lo ha recetado casi como si a estas alturas de enfermedad fuese una de las pocas medicinas que me quedan por tomar. ¡Qué emoción cuando ya tan cerca he visto la silueta, la torre y los pinos que tengo grabados en los ojos desde el día que lo abandoné llorando como un niño tonto, miedoso y consentido que llora —me lo has dicho tú tantas veces— a las puertas de la escuela el primer día de clases! Dos veces he llorado así, con el corazón encogido en el pecho: cuando me mandaron con los curas negros negros de El Puerto de San María, y después cuando prometieron a mi familia que el doctor Lalanne era mano de santo para las mentes desvaídas como la mía. Ni él ni la virgencita de Lourdes, que estuvimos a verla, consiguieron nada. Solo la sonrisa entregada de Francina supo entonces curarme de algo.

En el pueblo casi nada ha cambiado. Me gustaría que algún día fuese el vuestro, aunque lo dudo, a vosotros esas ciudades tan grises en las que vivís os tienen prisioneros el gusto y el alma.

Bueno, algo sí cambió, ya os contaré, que ahora no quiero perder el tiempo en cosas insignificantes y mundanas, porque en el fondo todo sigue igual.

Desde que llegué vivo en Santa Cruz de Vista Alegre, en Fuentepiña, en Moguer pero sin estar en Moguer. En verano es mejor el frescor y el campo abierto que nos rodea. Y además tengo de vecino al doctor Rafael Almonte que me tiene en estima y conoce de mis males, así que se apiada de mí y me asiste en cuanto puede. Desde que llegué no he hecho nada, salvo pintar alguna cosa como cuando era un chiquillo y ponía mis ojos en los puros de Blanca y Rosalina. ¡Cuántos recuerdos de quererlas! ¡Cómo se han ido! ¡Cómo se están yendo!

Fijaos que hace unos días un loco, ya veis que no estoy solo en el pueblo, se quiso matar. Del buen hombre han dicho de todo. Se dicen tan católicos y de misas que... Pero yo le comprendo bien mientras sufro la dolorosa y socorrida atención del doctor y su señora, que se han propuesto salvar a este pobre pecador leyéndole novelas de su primo Muñoz y Pabón, un presbítero hispalense que escribe sobre amor y fortuna al por mayor. Y cuando se les agota el material me releen una y otra vez *La Lectura Dominical*, tan cristiana a su entender y todo donaire y con tan buenos y santos decires... ¡Qué Dios los perdone si no salgo de ésta!

Pero en el fondo ellos son mi salvación, la tranquilidad médica que tanto necesito, aunque sean también la razón de mi desconsuelo por esos detalles aleccionadores que les cito y que no terminan de conmovier mi alma pecadora.

En su santa inocencia no saben que mi única alegría en estos parajes es la dulce

presencia de mi querida María del Rocío, tan sensual, tan joven y que tanto me quiere que se tiene aprendidas de memoria algunas de mis poesías. Cuando la veo llegar con la trenza juvenil y los ojos negros encandilados..., solo entonces los campos y los cielos me sonríen.

Pero sé que nuestro amor es un imposible. Yo debo estar tan loco para su padre que no lo consentiría nunca. Y sin oficio ninguno, que yo sé que eso lo pregonan por estas calles. ¡Pobre muchacho! Aquí, en los pueblos, eso se tiene muy en cuenta. Y con la fama que ya tengo. ¡Que me la he ganado ya lo sé!

Y además, como al pobre Eustaquio casi no le salen las cuentas ya me diréis. Para mí que los únicos que se alegraron de verme cuando llegué fueron los pinos y las pocas nubes blancas que pasan y me reconocen. Pero los otros..., ¿qué les importan a esos mis libros y mis versos?

Viajes de ida y vuelta. Al final del verano, y siguiendo de nuevo los consejos del doctor Simarro, el poeta vuelve a Madrid. Corre el otoño de 1904. Con veintitrés años el miedo a viajar solo todavía tiene prisionero a su entristecido espíritu. El doctor le insiste con la esperanza de que alcance el dominio que le falta y para que se desvanezcan las obsesiones puramente imaginarias que crecen al amparo de su mente enferma. Vuelve con el sentimiento de haber perdido muchas cosas, y sabiendo que en su pueblo empieza a ser el loco que va al campo haga sol o lluvia.

Las evidencias además le han contado que la madre de Blanca no quiere que este poeta sin oficio ni beneficio sea el novio de su hija. No es nuevo, debería saberlo ya hace mucho tiempo, pero quizá, siguiendo su corazón, no quiso hacerse cargo. Ahora ya lo tiene claro. Quizás no les falte razón; este sujeto con aires de buen escritor es sin duda un bicho raro que ni va a los toros, ni al baile,

ni al teatro. Que por no llevar no lleva en el pecho –y menos en el alma– ni medallas ni escapularios. El pecho limpio, como los románticos y los puros de corazón, como los locos.

A la vuelta el escritor afianzará estrechamente su amistad con la familia Martínez Sierra. Y especialmente con María Lejárraga, la esposa del amigo, con la que mantendrá una sensual y maternal amistad que se regodea entre el desaire y la ironía, pero mantenida por una maravillosa equilibrista que sabe caminar por un alambre: La frontera que guarda el calor de la complicidad y la comprensión de la realidad del poeta y de su espíritu inquieto y enamorado.

En ese tiempo la pareja Martínez Sierra escribirá *Teatro de ensueño* y el poeta dará por terminado su libro *Pastorales*, cincuenta y dos poesías, “todas buenas”, con perfume de campo y adolescencia, por el que acuerda con

Gregorio recibir quinientas pesetas, que después serán cuatrocientas, pero que ansía y necesita aunque solo sea para contentar a su familia, tal como refiere él. En realidad precisa el dinero para aliviar su precaria situación económica. Entre ambos libros hay lazos visibles e invisibles que cuentan secretos de su bien avenida y excesiva relación personal; sin embargo las dos partes negarían esos ecos o los reconducirían a su antojo. El libro, después de mucho esperar, no verá la luz hasta mediados de 1911.

*

En el verano de 1905 el poeta repite vacaciones en Moguer. Llega desde Madrid huyendo un día que viste impecable su americana blanca. Después volverá al traje negro. Con la barba crecida y tan negra no pasa desapercibido en las calles de de su pueblo. A los del lugar les parece un espectro.

Pero solo él sabe que llegó huyendo de Madrid donde entre la gente y las ausencias se sintió sin sitio y solo. Huye, como toda su vida, de sus fantasmas, y de la ciudad indigesta y hostil que se le atraganta. Ella y sus gentes, sus escritores llenos de intereses y rencores. Le duele la ciudad y la falta de ciudadanía de sus amigos. El Modernismo todavía sobrevuela pero se va yendo, liviano y despacio, tal como llegó.

Al poeta le duele la vida, antes dulce y sonriente, llena de cosas bellas pero que a días se le va haciendo dura y árida. No corren buenos tiempos. Cierra los puños y rechinan los dientes. Sentado ante el escritorio en su casa mogueña repiensa su presente.

No esperaba ni el telegrama de Gregorio Martínez Sierra, el amigo en sueños y proyectos, ni la carta que le seguiría pocos días después. Todo se vuelve desagradable y agrio. No sabe tampoco qué decirle al editor Ruiz Castillo con el que mantiene algunas deudas. No quiere molestar a su hermano

Eustaquio de vacaciones en Chiclana. Ha fallado en el pago previsto para una letra de cambio. La daga del incumplimiento le estaba hiriendo, lo había herido, no de muerte, pero el dolor le corría el cuerpo entero. Él, deudor, él, tan exquisitamente formal, tan ajeno a la realidad cambiaría y a la necesidad de hacer presupuestos. La realidad más ingrata y sin interés le había rozado el corazón siempre herido por las cosas más hermosas.

Pero en pocos días todo quedaría subsanado. Él se limitó a ofrecer como trueque algunos ejemplares de *Ninfeas* y *Almas de violeta*. Pero la poesía no paga las deudas. Tuvo que intervenir de nuevo Eustaquio.

Pero Moguer, su Moguer, ya no es el paraíso, ni siquiera el de las añoranzas. Anda todo muy mal, peor de lo que él creía. La economía familiar se resiente todavía más. Ya hacía agua de antes de la muerte del padre pero ahora... Don Víctor Jiménez nunca había sido demasiado ágil en la gestión de sus negocios pero la suerte y la oportunidad le

acompañaron. Ahora ya no estaban ni la una ni la otra. La familia ya entonces vive de alquiler, ha perdido la casa de calle Nueva que ha sido vendida en pública subasta y la ha comprado la madre de José Hernández-Pinzón Flores, que está casado con Victoria, la hermana de Juan Ramón.

El poeta en cuanto llegó al pueblo se trasladó al campo, a la casa del doctor Luis López Rueda y de su prima Manuela. En frente tiene el bochornoso paisaje de agosto rendido al ardiente sol canicular que lo envuelve todo. No está a gusto. La casa que ocupa le parece fea, sin intimidad, sin ventanas a ningún jardín, sin balcones al campo, sin un jazmín para las noches estivales, sin un buen rosal en la puerta... sin alegría. Le falta la felicidad.

El campo ahora es pajizo de estío y en la puerta ni siquiera hay un cristal amarillo que dore la realidad. Todo está envuelto de una alegría aparente de corral de vecinos que le duele en el alma. Echa de menos la hermosa

y fina composición de la que fuera su casa en la calle nueva, en especial el segundo descanso de la escalera de mármol, donde en su adolescencia tenía su lugar favorito para la soledad. Allí todo era bello. Nada que ver con lo de ahora. Dolido huye y se encierra, se oculta en su cama, apenas habla. No quiere entender. Los días son distintos y la realidad que tiene enfrente otra. Nada es lo que fuera. Todo son particiones, deudas, reclamaciones, ventas...

Solo y con la tristeza infinita del invierno que vendrá o del otoño que ya vino, huye de nuevo. Los malos y hondos presentimientos vuelven a las ensoñaciones del poeta mientras los hilos invisibles de su vida pasan difusos por la puerta del cementerio que lleva dentro.

El poeta está mal, triste y enfermo. Se siente solo y se resiente de la frialdad de los otros. El mundo, mientras espera arrecido la mañana en un umbral que quisiera fuese anónimo –aquella no es su casa–, es de escarcha e hielo.

El hombre anda medio muerto. No se sabe si quiere estarlo o solo lo piensa. Ese pensamiento debe perseguirlo desde antes de tener memoria. Tiene ataques convulsivos, pierde el conocimiento, sufre de parálisis. No puede estar de ninguna manera, pasa el día con médicos. En su compañía. Se ha aprendido de memoria síntomas y tratamientos y a veces se permite medicar a los amigos. Siente que quien fue se ha descompuesto definitivamente, que no se mantiene. No puede andar, no puede leer ni escribir, nada. Ya no es nada. Ni vivo ni muerto.

Su médico de Moguer, Luis López Rueda, el marido de su prima Manuela, su vecino y su amigo, lo ha acercado a Madrid, a casa del doctor Valentín Sama, compañero de Simarro.

Solo, incapaz y triste, se pide para sí un sueño constante, de cementerio incluso. ¿O por qué no ser perro?, se pregunta. ¿Y niño? ¿no estaría bien ser niño? Perro o niño...

¡Qué estúpida comparación! , como si ambas condiciones estuviesen en la misma tabla, como si ambos fueran cara y cruz de sus realidades. O igual lo son. Solo María Lejárraga, la amiga y esposa de Gregorio Martínez Sierra, le pone los acentos en su desconcertante agonía de muerto sin flores:

“Temo que no llegue a ser usted perro, pero niño sí que lo es usted, y mucho, y de esos que saben ponerse enfermos a tiempo para salirse con todos los gustos y ganarse todos los mimos.”

Pero él pasa sus ojos de puntilla sobre la reprimenda cariñosa y sincera. Se levanta y escribe una línea. Escribir es lo poco que sabe hacer. Escribir y soñar. Y se sienta. Y nota un temblor brusco en la nuca, y un desprendimiento interior. Y el brazo se le va, y la pierna se le pierde entre temblores, y los ojos no ven. Y se hace de noche en su día, de esas noches que no quisiera vivir, en las que está solo y en las que ni siquiera se ve la luna, su luna, a través de la ya lejana cancela del

patio de los arriates. Lenta la agonía de irse diluyendo tan poco a poco y tan lentamente.

A la vuelta de Moguer, desvalido y desconsolado, el enfermo será consciente de que su querido y útil doctor Simarro ya no es el que era. Apenas puede moverse. Tiene importantes problemas médicos y ha previsto cambiar de vivienda para irse a vivir a otra más acorde a sus necesidades personales. Le solicita a Juan Ramón que se ocupe de supervisar las obras en la nueva casa a la que se trasladará con los familiares de su difunta esposa, que cuidarán de él.

El amigo se encarga de la encomienda, aunque empieza a entender que allí, la sombra del médico, la seguridad de antes, ha desaparecido y se abren paso los miedos que le atormentan. Los días en Madrid son más difíciles. Los Martínez Sierra tampoco están en la capital, se han trasladado a vivir a Bruselas, y el círculo de amigos del poeta y del hombre se ha ido cerrando entre negativas y rechazos a sus dedicatorias. Margot y la señora de Muriedas, las mujeres

que había conocido por la agradable intercesión de María, la esposa de Martínez Sierra, han declinado por el que dirán el permiso que les pedía para dedicarles algunas partes de su libro *Pastorales*.

Bastante después, cuando la señora de Muriedas se divorció de un marido insensible y alcohólico, pero ya lejos de Juan Ramón, en Inglaterra, ella será la fina y sensible Luisa Grimm, quizá el amor más firme del poeta en éste y los años que siguieron.

Espero circunstancias más favorables.

No puedo estar más tiempo en esta ciudad sucia y en la que nada o casi nada me ata. Mi buen amigo el doctor, que tanto me ayudó días pasados, no está siquiera para ocuparse de mí. Bastante tiene ya con sus achaques. Y además, aunque me duela reconocerlo, estar a su lado ya no es como antes, ahora, viéndolo así, siento el miedo de que la muerte se acerque y nos toque a los dos sin compasión.

Además aquí ya no queda nadie de mi interés. Gregorio y María siguen perdidos por esos mundos suyos en los que esperan algún día ser importantes. Ella con los asuntos pedagógicos; él, empeñado en el negocio editorial. Madrid se les ha quedado pequeña. Lo siento por mí sobre todo. Ahora llevo unos días que María ni me escribe. Echo tan de menos su sonrisa picarona, su juego a ser mi anfitriona en estos mundos que apenas

conozco y en los que no me siento, ya lo sabe, para nada ni a gusto ni correspondido.

Sepa querida Luisa que me dio su recado, que siento mucho el devenir de su vida, que no es lo que ninguno de nosotros espera, pero compréndalo, entienda que... En fin, que necesito decirle que en el fondo lo que está pasando de alguna manera me conforta, que no me es agradable, sí, pero me conforta. Será egoísmo, pero saber que está ahora ahí, con su finura y su sensibilidad como esperándome, me hace revivir en este teatrillo gris en el que sin sueños me muero. Por eso ahora que le escribo a punto de retornar a la casa de mis padres, con la terrible sensación de la muerte vigilante, el único destello es la certeza de que llegará el día en el que podremos vernos en circunstancias más favorables, como me ha mandado decir, y jugar a ser nosotros mismos y todo lo sensibles y cariñosos que nos merecemos.

Suyo siempre, Juan.

Nochebuena solo, sin María.

El poeta sigue obsesionado con la idea de su salud y con la muerte que presiente cercana, como acechándole. María Lejárraga es la formidable y excepcional confidente de sus amoríos, desolaciones y de su abatimiento. Su majestuosa cordialidad, su fina ironía, su verbo sinuoso de mujer son su medicina y el contrapunto de las muchas contrariedades que se agolpan en su cabeza, en la que de continuo le ronda la idea de hacerse desaparecer.

El amor y los libros son sus únicos escapes. Hacer versos, releerlos, revisarlos y reescribirlos, imprimirlos y adorarlos, son a su entender lo único que le ata sin demasiada firmeza a este mundo del que tan pocas cosas le gustan.

El escritor, en esos días que él dice tristes y aciagos en Madrid, está atareado con uno de sus libros que permanecería inédito hasta después de su muerte: *Palabras románticas*. En él el enfermo deja constancia de sus delirios, de su falta de ganas y del recorrido

infernado que sufre de médico en médico, por las casas de socorro, en ese intento que cree imprescindible para ahuyentar a la muerte.

En este deplorable estado mental verá llegar la navidad de 1905. Celebrará la nochebuena escribiendo a María, quejándosele tiernamente por reírse de él, por no estar cerca suya y por tener que conformarse con celebrar esa fiesta, acaso la de la noche de su nacimiento solo y escribiéndole. (Él siempre jugó con esa fecha, como si fuera tal, pero realmente había nacido el día 23.)

Esperaré el próximo otoño para suicidarme.

No se me enfade por Dios. Si usted lo quiere seré un bicho infame, un poeta del demonio que no merecería tener la posibilidad de tomarse una tacita de té con ustedes, con usted.

No he querido ofenderle al decirle que sus cartas vienen llenas de rellenos por falta o por sobra de sinceridad. Usted me comprende y sabe de qué le hablo. Y no quiero que se convierta en otra Georgina, como me echa en cara, ni que me llene sus cartas de lágrimas y suspiros.

Como sé que lo dice de corazón, aunque eso no es broma para mí, esperaré si tanto le place por lo menos a que pase el próximo otoño para suicidarme.

Sepa de todos modos que en unos días me voy definitivamente a Moguer. No

aguanto más en esta ciudad seca y polvorienta
donde no se me quiere. Allí si os gusta,
vosotros tan cosmopolitas, tendréis siempre
vuestra casa.

El burro de Manuel. En los primeros días de 2006 aquel hombre achicado y arrecido por sus miedos constantes vuelve a Moguer, pero no encontrará entre los de su clase social los lazos intelectuales y humanos que le hagan llevadera la vuelta. Su salud mental ha empeorado y sus referencias en su pueblo serán las clases más humildes, todos los que se han significado por el silencio y la adversidad de alguna forma. Nadie entenderá entonces que insista en escribir como única profesión. Aislado se convierte en un observador excepcional del modo de vida en un pequeño pueblo andaluz en el que la naturaleza y la vida rural están muy presentes.

El poeta deshilachado y herido ha vuelto a Moguer para escribir Platero, la obra en la que relatará su experiencia con el asnillo de Manuel. Todavía no lo sabe pero las estrellas y las flores cercanas y siempre pendientes sí. Escribirá Platero y treinta y tantos libros más, muchos de ellos

permanecen y permanecerán inéditos durante bastante tiempo. Incluso ahora.

A la primavera Juan Ramón empieza a salir al campo, a una finca que tenían sus primos entre granados y naranjos en el pago que llamaban huerto de las Monjas y que llamaban Montemayor, lindando con Fuentepiña. Muy cerca estaba el pino de la Corona, el más viejo y alto del lugar, tanto que servía de faro a los marineros. En esos campos de su infancia, que antes recorriera como señorito al trote del caballo Almirante, el caballo marismeño que le regaló su padre, fue recuperando la alegría de vivir y sobre todo de mirar y entender lo sencillo y lo desnudo de vanidad.

Las noches sí siguieron convertidas en la lúgubre y oscura cueva de su locura. Al principio sus paseos campestres los hacía andando. Para aliviar la caminata, aquel pobre loco que se reenamoraba de sus campos, pedía a Manuel, el casero de la finca Fuentedepiña, su burro, que era blanco y gris,

como casi todos los de por allí. Los asnos eran el medio de transporte de las clases humildes, pero no era propio para los de su condición. A él, ajeno a esos condicionantes sociales, le pareció cómodo, adecuado y hermoso. Y además le permitía, sin cansarse mucho, seguir observando a las gentes, sus costumbres y el sencillo paisaje que tanto conocía y que le parecía una ofrenda de amor. Los paseos se convirtieron en el paréntesis a todas las horas del día, muchas, casi todas, más de doce, que dedicaba a leer y escribir sin fin arrecido – padecía de fríos interminables- y reliado en una manta. En esos días no publica prácticamente nada, excepto lo acordado con su inestimable Gregorio Martínez Sierra.

Las visitas a la casa de su hermana Victoria, casada con el hermano de Blanca Hernández Pinzón, coinciden a veces con las de ella que sigue hermosísima y soltera. Su presencia revitalizará su enamoramiento antiguo. A sus veinticuatro años, algo envejecido por su talante y los achaques, la

memoria se le llenará de recuerdos reales e imaginarios y reintentará sin éxito el amor de la joven, que arrastra además la opinión contraria de su madre, que desea para su hija un hombre más práctico que este que solo va de poeta.

Con Blanca de señuelo, en la que metafórica y realmente fija su deseo de pureza y desnudez, empieza a brotar de su refugio literario el germen de la poesía pura y desnuda de artificios.

Aislado, incomprendido y

loco. Sí, tú riéte de este corazón no correspondido. ¿Quién me quiere a mí que tanto he querido? Aquí estoy solo, miedoso y triste. Sin amigos. Vosotros los que os queréis tanto pensáis que...

En esta mi tierra hay días que solo los niños, juguetones y sucios, me dirigen la palabra. Los demás, muchos de mis vecinos, me ignoran porque no soy como ellos. Y los niños lo hacen para llamarme loco. Pero a mí no me molesta. Mi locura es hermosa y no hace daño a nadie. Más me molesta la incultura que me rodea. Los hay que no entienden cómo no me dedico a las cosas de casa y si tan culto soy como dicen, por qué no refloto los negocios familiares y pongo los vinos mar adentro o donde haga falta.

Tampoco soporto la impostura de algunas señoras y señoritas incapaces de leer un poema serio mientras glosan los versos que unos villanos entre los que vislumbro su

encantadora silueta han publicado en mi nombre en *La Saeta*, para solaz y gloria de estos vecinos de ahora, del boticario y de su familia. ¡Cómo se puede ser tan mala persona! Unos versos horriblos que no son míos pero que andan recitando por el pueblo como si los hubiera escrito yo. Y tan contentos y felices que quieren que les ría la declamación. O lo que sea. Dios se apiade de mí y de ellos.

¿Pero con quién puedo hablar aquí si hasta mis amigos de antes han embrutecido con el paso de los años? Y los que no se fueron para no volver. Sabed que os echo de menos y mientras lo hago leo y escribo cuanto puedo. Es lo único que puedo hacer para salvarme de esta cárcel de cielos azules y pinos oscuros en los que me refugio como los pájaros.

Escribir y escribir. *Jardines lejanos* había sido un libro exquisito y sensual con un reguero de ensoñaciones eróticas claramente visibles. Y *Pastorales*, aunque había nacido de sus experiencias y paseos por la Sierra de Guadarrama y de su posterior reencuentro bucólico con el Moguer que ya se diluía en sus recuerdos, sería el libro que dijimos mantenía en su fuero más íntimo un espacio de comunión y amistad con los Martínez Sierra, unos lazos tan evidentes para Juan Ramón, que el pudor y seguramente el miedo a que se entendiese su existencia de otra manera no oportuna, que aunque estaba listo en 1904 no se publicó hasta siete años más tarde. Esta espera entonces no habitual en quien tenía verdaderas ansias de publicar, se habría de convertir en el antecedente de la que sería después su práctica habitual, la de un escritor lanzado a escribir pero incapaz de publicar toda su obra, siempre en crecimiento.

En aquel 1904 se abriría una brecha de silencio solo rota por la intercesión de

Gregorio Martínez Sierra, que le instó a publicar en *Renacimiento*, la revista que dirige, y que le facilita además la autoedición en la editorial Tipografía de la Revista de Archivos, además de en la propia biblioteca de *Renacimiento*; en ellas aparecerán los únicos diez libros que entresacará el poeta de su abundante y amplia producción de aquellos difíciles años.

Escribame usted. Mi querido amigo, usted será inmortal le dedique yo mi libro *Ohvidanzas* o no. El futuro de España no puede perderse palabras como sin duda usted escribirá.

Sinceramente le tengo una gran envidia, sana, pero envidia al final. Lo tienen todo: optimismo, futuro y un ambiente adecuado para escribir

¿Qué tengo yo que vivo en un idiotismo absoluto, con la cabeza descompuesta?

Si estuviera bueno, si tuviera fuerzas y la frente clara, si tuviera dinero, podría escribir y dar en poco tiempo unos cuantos libros que guardo con celo dentro. Pero sabe que no estoy bien, que todo aquí, sin su amabilidad, sin su presencia, todo es todavía peor. Por eso no deje de escribirme usted que le sobran el tiempo y la salud.

Para que no me olvide, que sé que lo hace, para mi desazón y mi amargura, le mando una violeta y un ramo de cariño. ¿Conoce usted esa flor?

Elogio de la humildad.

Durante su estancia en Moguer detestará a los de su clase porque no encuentra en ellos la humanidad que busca en cuanto mira. Se disgusta con muchos y rechaza su presencia porque no cree que tengan mucho que contar. Se refugia en la contemplación y en el contacto de la gente sencilla, humilde, pobre y hasta discapacitada que le rodea.

Cuestiona el talante de los médicos del lugar que están más interesados por el dinero que por su profesión y que tratan a sus pacientes según cuánto tienen. Haya la humanidad y la compasión que busca en el viejo veterinario que acude a tratar al burro platero, el burro de Manuel, cuando enferma.

Platero todavía no es un nombre propio, sino el calificativo de los burros grises y blancos que abundan en la zona. Al ponerle nombre se convertirá en su pequeño y secreto homenaje a todos los asnos que hubo en la casa de sus padres. Pero ese burro con ojos de

azabache permanecerá unido a él hasta convertirse en su interlocutor con el paisaje y con la vida y quizás con el hombre que soñaba dentro.

En casa de su hermana Victoria, además de a Blanca, su antigua pretendiente, encuentra la grata presencia de sus sobrinos que son su mayor alegría. Con ellos convertirá en juegos y en poesía los hechos cotidianos de la vida en el pueblo. Victoria, Blanca, Lola, Pepa y Pepe serán, en su dulce y travieso entender de la vida, las referencias imprescindible de un hombre que mantiene entonces un importante problema de comunicación con sus iguales. La muerte en septiembre de 1911, a los veintiséis meses de edad, de la pequeña María Josefa le asola el alma. Siento dolor y miedo, el terror de creer que la muerte, tan presentida tantas veces, estuvo en esa ocasión tan cerca, y casi rozándole.

Abstraído y absorto, impecable en el vestir, ya con terno negro o blanco, gozará del vuelo libre de los pájaros y del perfume de las

flores que crecen libres en los senderos por los que transita. Este deambular y la fama que ya arrastra lo convierten en el hombre raro que perciben sus paisanos.

El poeta está en comunión con la naturaleza pero cada vez más distanciado de los de su clase. Entre devaneos, meditaciones y ensimismamiento se hace amigo de los humildes, se acerca a los discapacitados, toma postura por los más débiles y agranda distancias con quienes no gusta estar o desconsidera por sus malos gustos o por sus costumbres.

Se entusiasma con las fiestas realmente populares en las que participa el pueblo, pero rechaza otras que considera brutales, como los toros, o hipócritas y superficiales como las procesiones de Semana Santa, en las que solo encuentra una infame mascarada en la que conviven, ajenos a la religión, el pueblo y sobre todo las autoridades civiles y eclesiásticas con las que no comparte pareceres.

Desde Moguer, alejado del bullicio literario, guarda las distancias con Madrid. La

capital más que nunca le parece una gusanera que nada tiene que ver con los cielos limpios y purísimos de su pueblo. Desinteresado pero firme en su propósito persiste en el cultivo de la sinceridad vital y literaria, opinando sin ataduras sobre todo lo que le parece bueno o no, correcto o desacertado. Su actitud crítica es cada vez más fuerte, más arraigada y más consecuente con su posicionamiento en la vida, aunque el tono lírico y los símbolos que usa parecen atenuar la dureza y la firmeza de sus manifestaciones.

En su soledad, se hace un resistente en vigilia permanente contra la hipocresía, la violencia, la injusticia y la pedantería.

Me voy. Adiós, adiós a

todos. Me voy, mi querido amigo. Como he sido bueno y honrado no tengo miedo. Pronto estaré, si eso es posible, junto a todos los que nos quisieron, junto al canario pinito que se fue volando a los cielos canoros, junto a su hermano, tan digno y tan formal, que lastimeramente lleva ya un puñado de mañanas en su tumba.

Querido amigo, por todo lo que me va pasando sé que están abiertas las puertas de la eternidad y que el camino que debo andar para alcanzarla ya se me ha señalado. Y esa eternidad bien sabe que lo engulle todo. Querer solo quiero que me recuerden sinceramente los amigos, y que si mis poesías y mis palabras sirven para algo, si sirvieron para algo, que lo espero y lo desearía tanto, que sean mi testamento en esta miserable vida en la que tanto he soñado y sufrido.

Y como nunca esperé ni reconocimiento ni premio, no he tenido, bien

lo sabes, necesidad de triunfo, por eso lo que me encuentre seguro que estará bien.

Despídame de todos los que fueron mis amigos y me quisieron. Despídame también de los enemigos si los tuve, dígales que me fui, que ya no estoy, que pueden dormir tranquilos. Por mi parte ya me estoy despidiendo de mis locos, de mis pobres y de mis niños, de los cielos azules que me sirven de techo, que son parte de mi vida, como las margaritas que deshojo en el camino y por las que me llamáis asesino, asesino de margaritas, qué risa.

Pero sobre todo despídame de esa mujer a la que tanto quise.

Cosas frívolas. El deterioro de su salud mental le carcome al poeta el alma, al tiempo que se ha ido quedando entre sus versos y su prosa. La idea de la muerte le persigue. Camina siguiendo la sombra del médico que le da cobijo, y la idea de suicidio se le repite sin que en cambio la naturaleza tan hermosa y sencilla que le rodea y le hace vivir le libere de esa repiqueteante pesadilla.

El desdén lo ocupa todo en su vida, e incluso las cartas de los amigos, y hasta las de su especial amiga María Lejárraga, esperan sin abrir sobre la mesa de su escritorio. Es el fin o su fin al menos. El hombre lo presiente.

El poeta se dice olvidado de todos, rendido y mal de cuerpo y de alma. María le ha escrito desde Londres pidiéndole un título, práctica habitual entre Juan Ramón y sus amigos, pero no le contesta. El poeta mantiene vivo un *Libro de títulos* fruto de su facilidad para engarzar las palabras en frases simples y trascendentes. El título se lo solicita para una de las partes de la novela que va a

publicar su esposo. Finalmente se llamará “Tú eres la paz”. El título que remite, por la dejadez y la desidia que están imponiendo en su vida, llegará tarde, con retraso. El escritor lo justifica en el devenir aciago que lo envuelve perdido bajo los cielos granas de los atardeceres moguerenos en los que vislumbra su ocaso. El ya inútil título fue *La voz velada*. Lo acompañó con la correspondiente petición de clemencia para quien se cree reo de la muerte. Sin embargo, en ese juego eterno que práctica el hombre entristecido pero vivo, requerirá de la finísima amiga, palabras y “cosas frívolas”, pero esta vez, enredada en su laberinto de sensualidad y de coquetería no se dará por entendida. ¡Ah, el amor...!

Medio muerto, según su entender, sin el alma para nada, con tendencia a la lágrima fácil, al llanto del viejo y del enfermo, temblón y con la mente nublada y sin esperanza, tal como se retrata quién va delectando sus sueños en las prosas rotas y aparentemente inconexas que va dedicando al animal que le acompaña en los solitarios paseos por los

alrededores de su pueblo, en los que el intelectual impecable se aísla y se difumina, desconectado del mundo, sin leer siquiera periódicos que le cuenten la realidad contemporánea de la que recela y huye. No deja sin embargo el verbo afilado y comprometido. Como cuando refiriéndose a los últimos versos de Manolito Machado siente pena por el agotamiento lírico de quien antes escribió *Adelfos*. ¡Qué lástima!, Madrid que agota. Como agota el villaespesismo y demás horrores de la corte de los poetas.

Y lo dice quien proclama que lo daría todo por un puñado de fuerza. Él, que nunca persiguió el triunfo, porque triunfar es hablar de lucha y él, que apenas tiene la fuerza de un ruisenior, jamás triunfaría.

Juan Ramón es persona que sueña amistades y que cuando detecta el nacimiento de una relación clara y verdadera, sin intereses, con amor por lo literario, se entrega cariñosamente y se sincera dejándose llevar por el perfume del afecto. María Lejárraga será una de sus claras y permanentes referencias

para la que no faltarán ramos de sentimientos o bandadas de pensamientos blancos.

Luisa Grimm representará otra senda, diferente, tan distinta e intrincante, con la que adentrarse entre los árboles de los sueños y los deseos.

En estos días tristes de 1908 aparece, junto a Gregorio, como una suave luz en el horizonte, Enrique Díez-Canedo, un poeta puro, sin periodismo, retirado y sereno, al que valora muy positivamente y en el que reconoce el dominio de sí mismo, el lirismo y la galanura perpetua del castellano. A Enrique dedica su libro *Elegías puras*. Ante él se excusa por su falta de salud, de seguridad y de luz en la frente, lo que solo le permite una labor fragmentaria, corta, inconsistente y en contra de lo que sería su voluntad de ordenarlo todo: su vida y su obra, como si una y otra no fuesen de la mano; para entregarla después en tomos sucesivos de 80 páginas, un proyecto de autoedición de su obra completa en catorce tomos —o treinta y dos, dirá más tarde— con el

que pretende liberarse de la carga de borradores que arrastra, pero que se verá dificultado por su desdén por el mundo exterior y por su precaria situación económica personal y la de su familia.

Otros referentes de los años siguientes fueron Pedro García Morales, “serio, culto y sin alcohol”, como él, como Gregorio; o José María López-Picó, un verdadero poeta capaz de emerger de entre la suciedad y la vida miserable y el baratismo artístico de Madrid. Juan Ramón consideraba a Martínez Sierra un escritor de verdadero talento, pero que estaba dejándose llevar por la necesidad de adulación general para mal de su obra, una trampa en la que habían caído otros compañeros que empezaron el sueño literario con él.

No quiere el poeta en cualquier caso, nunca lo pretendió ni los buscó, ni premios (ni siquiera fue a recoger el Nobel muchos años después), ni los elogios incondicionales, exigiendo siempre a quien escribiera sobre su figura la lectura previa y detenida de sus libros,

solo así sería posible hacer una cosa seria y documentada. No era amigo de lo momentáneo, de los actos de relumbrón. Entiende que no son muchos los interesados en estas cosas del espíritu y por tanto son pocos a los que hay que dirigirse. Detestaba y denostaba las romerías y los homenajes, rechazándolos cortés y activamente en cuando tenía noticias de que se están organizando alguno en su honor. No se tiene por merecedor de nada y siempre prefirió la lectura serena de sus obras al homenaje. Ni siquiera era amigo de distribuir sus libros en librerías, prefería entregarlos en mano a quienes pensaba que lo leerían como fueron escritos, con voz baja y sin prisa.

Nunca tuvo inconveniente ni consideraba que fuese necesario extender ningún permiso para que sus trabajos ya publicados fuesen reproducidos en otra parte.

No entiende tampoco la petición que en cierto momento le llega para la corrección de una obra ajena. “No debe usted desear nunca –le dijo a Julio Álvarez Gómez por 1910- que nadie le corrija nada, sería la obra

como un hijo que tuviera los ojos, o la boca, o el deajo de la voz de uno que no fuese su padre.” En sus consejos a los jóvenes Juan Ramón solo recomienda tomar el arte en serio, sin nada de periodismo, sin pretensiones de populachería.

Si el arte tiene un aliento de eternidad debe ser recatado y puro como el amor a una virgen. El hombre debe luchar continuamente contra la impaciencia de verlos impresos con prisa en cuanto tiene a mano un puñado de versos. Los versos deben ser el resultado de la paciencia, de la divagación, de la severidad, de la reflexión permanente y la relectura. Quizá, como él dirá, su vida y su obra, que vendrían a ser casi equivalentes, son extremadamente idealistas y el resultado de leer y sufrir mucho a manera de los ascetas y de los mártires, entre los que habría que situarlo, y entre los que habría que situar a quienes como para él, la vida no tiene más interés que el de su éxtasis y sus ensueños, de los que nacerán el legado sus rimas.

Luisa, no le quiero lejos y

sola. ¿Cómo alguien como usted, tan apasionada, con esos ojos llenos de tanta luz, puede perderse entre las frías calles de Suiza y Londres? ¿Sigue leyendo poesía? ¿Sigue leyéndome? Cuénteme lo que quiera.

Ya me refirieron que ha sufrido mucho. Hay hombres que no se merecen siquiera la sombra que les acompaña. Así, tan dulce, tan hermosa, tan frágil y tan consistente al tiempo, tan gozosa e inteligente, seguro que donde esté —no olvide hacerme siempre llegar su dirección para que yo pueda escribirle— será una luz sobre el horizonte. Sepa que pienso mucho en usted, que recordarla es un aliciente en esta tierra de bárbaros e insensibles, donde apenas hay tiempo para la lírica y la poesía. Aquí todo son herencias y deudas cual si fuesen un pasatiempo que nadie entiende. Al menos yo. Las flores no viven de prestado en casas de nadie. La tierra es su casa y todo lo demás les sobra. Si por mí fuera... Sepa de

todos modos que me tiene aquí de par en par, soñando que entiende que quien le habla tiene un corazón que golpea insistente por sueños como usted. Casi todo lo demás sobra y tiene el sabor de la desesperación de quien sabe que la muerte le aguarda, sin atenerse a que a este sencillo y soñoliento escritor, le quedarían todavía muchos versos que decir.

Mi querida Luisa, no vivo desde que la imagino allá, en esas tierras tan frías y grises, tan lejos de mis suaves pendientes y mis celajes dorados, con la sola y dulce compañía de su niñita. Seguro que ella alimentará el tambor de su corazón, como espero lo haga esta carta de su afectuoso admirador. Cuénteme dónde vive. Dígame qué ve cuando abre sus ventanas, las de sus ojos, la de su corazón no, que en esas se acuna este poeta triste y cansado que tanto disfruta con su recuerdo. Escríbame, no deje de hacerlo, me gustaría tanto que se recuperase y fuese feliz.

Instrucciones para después de muerto.

Al escritor le preocupa la muerte y se presiente a dos dedos de la tierra. Es una constante la búsqueda de aquellos que supone tratarán al muerto dulcemente. Para cuando llegue el temprano momento deja a varios de sus amigos (Martínez Sierra, Díez Canedo, ...) instrucciones precisas de qué hacer cuando una noche de las tantas que salva en vela pase a más descansada vida.

Sin ilusiones, perdida la esperanza, tiene la urgente necesidad de encargarlo todo, de rogar que en su casa de Moguer no quede nada que recuerde su voz, y dormida en los papeles menos. Con esas solo le queda la esperanza triste de ir pidiendo que todo lo que tiene hecho sea publicado con un esmero semejante al que él ha procurado. Y que así se complete su obra de una manera ordenada y perfecta, sin erratas.

El poeta sabe que estar en su pueblo es algo así como morir, pero por nada desea

la vida en la corte donde es época (como le dijera a Ramón Gómez de la Serna que acaba de publicar *El libro mudo* (1910) y al que salva) “de palabras huecas y de libros de redoblante y de caracol, cuando ciertos sonoros albañiles intentan construir por contrata y a ladrillazo limpio el palacio divino de la poesía (...)”.

Cree el poeta imperdonable traicionar el espíritu de la literatura por un deseo de popularidad que ha arrastrado consigo a Benavente, Marquina, Martínez Sierra, Villaespesa, Manuel Machado... ¡Es tan sucia y ruidosa esa mujer del arroyo!

En defensa de la literatura en mayúscula, pide a quienes escriben que lo hagan solo cuando tengan algo que decir. Nunca antes. Y jamás pensando en nadie. Y aunque asume que a veces en un buen poeta hay un excelente prosista, también sabe que en otras ocasiones, como en Valle, el narrador se obscurece cuando intenta el verso; o poetas tan deliciosos como Amado Nervo que son

incapaces de escribir una prosa digna; o Benavente, sin gracia alguna para los versos.

Ni siquiera el interés de sus viejos amigos (Simarro, Ortega y hasta de Benavente) por tenerle cerca, en Madrid, despierta ninguna luz en su sufrida existencia, dedicada por entero a la meditación y a la lectura.

Pero si la muerte al acecho le duele más es porque a veces sus amigas no responden a sus ilusiones. Sobre todo María que ahora le ha parecido cruda, seca, reveladora de una amistad fingida, interesada incluso, que no se corresponde con la devoción que él mantenía para ella sobre todas las tempestades. Le duele en sus palabras reconocer y entender, muy a su pesar, que la literatura y la amistad son cosas distintas, aunque se pueda ser amigos solamente en lo literario. Lo demás quizás se haya roto. O no. Tal vez, quién lo sabe.

Queridísima amiga. En primavera, si algún día os place venir a verme, abril es un mes hermoso en el que despiertan frescas y fragantes las flores que siempre espero, podríamos pasear al ocaso y yo le mostraría los lugares en los que en mis soledades me rindo a la nostalgia y al ensueño. Siendo tan sensible y fina seguro que los ojos se le llenarán de matices y notas. Y me atrevo a pensar incluso que del seguro silencio que ha de unirnos surgirán muchas cosas, algunas absurdas pero otras hermosísimas.

Sabe, mi dulce amiga, frívola y ligera a veces, que nuestra amistad es una luz eterna que ata y une todos los sueños que sin querer o queriéndolos me endulzan pudorosamente las noches más oscuras en las que naufrago, y en las que es tan difícil a veces sobrevivir, así, roto como estoy y a dos dedos de una tierra que me espera anhelante y dispuesta para ofrecer, a cambio de mi cuerpo inútil, una manta perfumada de flores. Solo su clara

serenidad rompe la tristeza sin fondo de mi vida.

Escíbame usted -usted sola- algo en verso. Así, medio muerto como estoy, se lo agradeceré eternamente. Mientras llega imagínese usted el cuadro de un poeta pálido y desvaído, con la barba negra y caminando bajo el cielo azul, en un asno platero, desde el que dice versos a las amapolas o a los pinos llenos del cielo y de pájaros.

El nacimiento de Platero.

En esos días de primavera en los que frecuenta el campo sonriente de Moguer irá naciendo Platero, ya con mayúsculas. Son días en los que el poeta camina arrumbado y triste, pensativo y meditando, preocupado por ir dejando a la deriva su obra, de una manera incoherente y tardía, sin salud y sin fortuna para hacerle frente como quisiera, y convertido ya en el personaje raro que deambula por las sendas que pisa entre la naturaleza que estalla ajena a todo, incluso a su muerte siempre cercana; inquieto por la educación de sus sobrinos y de los demás niños que ve crecer en un desorden y con una incoherencia que nada tiene que ver con lo que conoció de boca del maestro Giner en los días que frecuentó la Institución Libre de Enseñanza, escribió Platero. De él, de Giner, del bello espectáculo poético de su pedagogía íntima, de sus clases en el jardín, de su forma de educar, tomó Juan Ramón la mejor pasta de su poesía y de su literatura.

Platero, que nació para ser la tercera parte de *Baladas de primavera*, por esas cosas que nunca se explican del todo, corrió después libre y lejos para entreabrir aquellos bellos secretos aprendidos del maestro.

Poco antes de morir don Francisco agradeció cariñosamente a Juan Ramón el envío de la primera edición de Platero, que estimó derbordante de intimidad, sencillez y ternura.

Su retrato me ha hecho

feliz. Luisa, la quiero recordar siempre, necesito recordarla siempre.

¿De qué color son ahora sus ojos? Los recuerdo tan cambiantes, tan claros y turbios al tiempo. ¿Verdes, como cuando el viento mece los trigos? ¿O azules y silenciosos como cuando nos adivinábamos el pensamiento? No dejo de recordarla. Bien sabe que es mi alimento, el sostén de mi poesía en este erial en el que vivo. ¿Cuándo nos iremos? ¿Cuándo nos fugaremos a donde solo estemos nosotros, con la música que nos ayude a mirarnos, con los libros que tanto queremos...? Y sobre todo con el amor, con nuestro amor como una bandera para la que siempre habrá viento, o la brisa de la tarde para embriagarnos de nosotros. Lléveme lejos, con usted, donde nadie nos conozca y podamos apreciarnos y querernos.

Significa usted tanto que si no pudiera pensar ahora en usted definitivamente me

moriría. Hace días que apenas como, salvo lo suficiente para sostenerme sobre mi silla y para que no me falten las fuerzas cuando salgo al campo para comprender los secretos que guarda la primavera. ¿Le hablé de Platero, el burrillo que me ayuda a escapar de tantos infieles y pedantes?

Si pudiera estar con usted. ¡Lléveme a su lado! Deje ilusionarme cerca de usted mientras adivino las formas en su escote, o déjeme soñarla desnuda sobre una cama blanca y gozosa, con una brisa infinita que le acuna mientras duerme, con las piernas enlazadas entregadas al descanso, con su mano de seda, sensual y pura, tapando sin tocarlo, su sexo de tinieblas y misterios.

¿Cuándo serán posibles mis sueños? Le mando los pétalos de unos pensamientos que tomé para ofrecérselos al retrato que me envió y que alumbra mi pobre existencia. No me olvide, necesito de usted para mi vida.

Luisa, o Louise, era la mujer ideal de Juan Ramón. Sensual, bella, elegante y distinta a las mujeres que conocía, divina. De ojos azules casi verdes, hasta grises también, decía el poeta que guardaba en ellos una expresión de vaguedad y de melancolía suave, además de cierta penumbra enigmática que le fascinaba. De ella recordaba con precisión los gestos, los trajes y los sombreros que usaba cuando coincidían en casa de los Martínez Sierra.

Luisa era culta y sensible, gustaba de la música, la literatura y de las artes en general; para Juan Ramón reunía según su entender los dones necesarios para hacerlo feliz, desde los propios de su feminidad, a los gustos literarios y artísticos. Ella había mandado unos retratos a Juan Ramón entre los que el poeta eligió uno para disponer en su habitación un altar ante el que admirarla y adorarla continuamente. Ante el retrato de Luisa, en un tiorcito azul y oro dispuesto para ese fin, el poeta renovaba cada día las flores que

expresamente tomaba de sus paseos por los campos y caminos de Moguer. En ella pensaba y con ella imaginaba planes futuros, huidas siempre pendientes en las que dar rienda a su amistad y a su amor. Ambos, en un juego dulce y lleno de palabras sensuales muchas veces marcadas por el erotismo y la seducción, mantuvieron viva una llama difícil de custodiar por la distancia, salvo en lo bucólico y lo platónico. Pero Juan Ramón se había prometido mantenerla hasta el otoño de sus vidas.

Convencido de la consistencia del amor que se profesaban, pero despechado por la noticia de que su siempre amada Blanca terminaba casándose con otro, le mandó pedir a su antigua novia todos sus recuerdos, hasta las cartas, pero advirtiéndole que las suyas difícilmente podría devolvérselas pues Luisa las había roto hacía ya tiempo. Algo que obviamente era mentira.

La relación con Luisa se había iniciado cuando ella todavía estaba casada y se movió siempre entre lo bucólico, el romanticismo y

los innumerables proyectos de encontrarse siempre pendientes. Él, que sin embargo veía el inconveniente de su salud y de su falta de capital disponible, le instaba a divorciarse, a dejar al hombre insensible y grotesco que compartía su vida o su realidad, para buscar con él el hermosísimo lugar en el que encontrarse y dar respuesta a todas sus necesidades, entre las que emergía la mujer espiritual que representaba Luisa, y que el poeta enfrentaba con desdén a la mujer vulgar de carne y hueso capaz solo de dejar a su paso poco más que una estela de dolor y tristeza.

Los lazos se mantuvieron todavía con más razón cuando ella se convirtió en una mujer malcasada, separada del padre de su hija, con el que había mantenido una poco gratificante relación. Pero ni siquiera entonces cuajó el acercamiento siempre pendiente.

Pero para entonces la vida en Moguer le era al escritor cada vez más difícil. Sobrevive en una casa pequeña, que no le gusta, después de ir vendiendo o hipotecando las fincas que ha heredado de su padre. Quiere irse a Madrid y vivir de las rentas de su herencia. Apenas cuenta con ingresos por su ya importante producción literaria. Hace sin éxito el ofrecimiento de compartir casa con los Martínez Sierra, y que fuese María la administradora inflexible de su patrimonio, o al menos de su aportación al sostén de la casa. Quiere pasar algún tiempo en Sevilla, en Córdoba, en... Necesita huir de Moguer agotado como está el pulso del amor. Blanca, la que fuera su novia, se casa con otro.

Mientras busca hospedaje en Madrid siempre repite una condición sobre las otras: La vivienda debe estar cerca de una casa de socorro, donde espera que atiendan su salud que sigue sin ser buena. Al problema nervioso se une ahora, según refiere o inventa, una taquicardia por hipertrofia del ventrículo

izquierdo de su siempre enamorado corazón. Cansado de médicos, y hartos los médicos de él, sin saber qué opinan, entiende que ellos -si la saben- nunca le dicen la verdad. Fatigado y cansado casi siempre, pálido y mustio, apenas tiene más dedicación que pasear algo, leer, trabajar, soñar, pensar y escribir.

Encarga la búsqueda a varios de sus amigos: a Francisco Pompey, Julio Pellicer... Será Concha, la mujer de Julio, la que le encontrará casa a su gusto: nueva, para estar, para recibir, con luz, con limpieza absoluta... Pero en esa casa de la calle Gravina no permanecería mucho tiempo. La escandalera que subía del mercado vecino, los ruidos de los hijos de la familia que ocupa el piso superior, provocan que poco después estuviese mudándose a la calle Villanueva, un piso de primera clase, con ascensor, abrigado y mirando al mediodía, bien amueblado y con muchas comodidades.

En su nuevo piso, sobre una mesa de despacho sin libros ni papeles y al amparo de algunos cuadros y los retratos que le hicieran Sorolla, Emilio Salas y Manuel Cruz, el poeta

se empeña en escribir y traducir para diferentes empresas. En Madrid restablecerá contactos con escritores que admira: Unamuno, Azorín, d'Ors, Machado... pero como siempre lo hará más por carta que personalmente, pues se había acentuado su preferencia por la vida serena y apartada de los cafés y de las tertulias.

*

De nuevo los ruidos de los vecinos, que tantísimo detestaba de los españoles, serían causa de su preocupación y de su malestar. Esta vez la ruidosa vecindad le llega de un matrimonio norteamericano que cuando recibía visitas tocaba el piano, charlaba y reían tanto que Juan Ramón enfadado había de dar con el bastón en la pared para que se callaran. En medio de la algarabía vecina destacaba para el hombre una voz agradable y

una risa de mujer. Cuando averiguó quién era supo que se trataba de la hija de Raimundo Camprubí, el ingeniero jefe de Huelva, una americanita blanca, de ojos azules, graciosa y desenfadada, y con cierto deje en la voz por pensar en inglés lo que después diría en castellano. Juan Ramón entre queja y queja por los ruidos se interesó por aquella señorita que le pareció de nuevo la mujer verdadera, temperamental y firme como el pino de la Corona. Para verla después de las citas ruidosas, el hombre se subía al tranvía del Hipódromo y recorría buena parte de Madrid para soñar con ella.

EPÍLOGO

Cuando Juan Ramón volvió a Madrid *Platero y yo* ya estaba escrito y olvidado entre sus borradores. El incumplimiento del compromiso editorial de entregar a Talleres La Lectura una selección de cosas escogidas facilitará la edición de este libro publicado “para niños”, pero que ni el poeta supo precisar entonces para quién había sido escrito. Quizá después dijera otra cosa, pero así lo calificó cuando en noviembre de 1914 le entregó a Zenobia las primeras pruebas de imprenta de parte del libro.

Y así entre el amor y el desamor, entre turbulencias íntimas, entre las dudas de ella y la certeza de él, el escritor y la americanita, ambos —a escondidas de Isabel Aymar, la madre de Zenobia que no lo quería como yerno— intentaban terminar la traducción de

La luna nueva: poemas de niños de Rabindranath Tagore.

Lo cierto es que Juan Ramón tenía poco conocimiento de la lengua inglesa, así que la verdadera traductora era Zenobia, mientras que el poeta, a posterior, le aportaba la dimensión lírica que precisaban los textos.

La tormentosa relación con la que no quería ser su novia, junto con la incapacidad del poeta para centrarse y entregar las cosas escogidas, promovió que aquel singular librito -una elegía andaluza- viese la luz con su nombre completo y apenas retocado. Sería el primero de sus libros firmado como Juan Ramón Jiménez. Aquella primera edición contó con las ilustraciones de Fernando Marco, que ya era conocido por el escritor porque venía ilustrando para la editorial Renacimiento, que además había realizado la portada de algún otro de sus libros.

El poeta entonces no le dio demasiada importancia al libro, cambió de opinión cuando una fría mañana de 1915, de visita en casa de don Francisco Giner de los

Ríos, a quien tanto admiraba y ya gravemente enfermo, vio sobre la cómoda de su dormitorio un montoncito de ejemplares. “He regalado muchos desde Nochebuena”, le informó el maestro.

Lo que después pasó con Platero, o lo que aconteció entre aquel loco enamorado y la exquisita y distante Zenobia es parte de otra historia. O quizás de la misma.

Bibliografía mínima:

Jiménez, Juan Ramón, *Epistolario I 1898-1916*, Edición de Alfonso Alegre Heitzman, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 2006.

Jiménez, Juan Ramón, *Mi Rubén Darío (1900-1956)*, Edición de Antonio Sánchez Romeralo, Fundación Juan Ramón Jiménez, Moguer, 1990.

Palau de Nemes, Graciela, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez: La poesía desnuda*, Tomos I y II, (2ª edición completamente renovada), Editorial Gredos, Madrid, 1974

Este libro se terminó de imprimir
en la nochebuena del año
en el que se celebra el centenario
de la publicación de “Platero y yo”
en los talleres de Digital Impresión
de Jerez de la Frontera (Cádiz).

